

LA INFLUENCIA DE LAS EMOCIONES EN LA TOMA DE DECISIONES MORALES

Leidy Yuliana Medina Rojas, Natalia Posada Restrepo y Mariana Sánchez Peláez

Universidad de Antioquia

Este trabajo de grado se realizó como requisito para optar por el título de Psicóloga y fue asesorado por el Magister en Psicología Jesús Goenaga Peña.



La correspondencia referida a este trabajo de grado debe dirigirse a Natalia Posada R.

Dirección electrónica: natalia.posadar@udea.edu.co

LA INFLUENCIA DE LAS EMOCIONES EN LA TOMA DE DECISIONES MORALES

LEIDY YULIANA MEDINA ROJAS

NATALIA POSADA RESTREPO

MARIANA SANCHEZ PELAEZ

Trabajo de grado para optar al título de Psicóloga

JESUS GOENAGA PEÑA

Magister en Psicología

Asesor académico

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

Facultad de Ciencias Sociales y Humanas

Departamento de Psicología

Medellín, Colombia

2017

A nuestras madres,

Consuelo, Rosalba y Lucila

fuentes de VIDA, por ustedes y para ustedes.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a nuestro profesor por su confianza, afecto y ejemplo, siendo nuestra mayor inspiración para tomar la decisión sobre la elección de nuestro tema y consolidarnos como equipo; creemos que nadie nos hubiera acompañado tan bien como lo hizo él y esperamos que su futuro como profesor sea prodigioso. A él y nuestros amigos que con sus apreciaciones, elogios, sugerencias, puntos de vista, críticas, comentarios y objeciones hicieron de este proceso una experiencia de valiosos aprendizajes.

Sin duda a nuestras familias, que con sus valores inculcados nos dieron los cimientos para ser lo que somos, lograr lo que logramos y que desde la humildad nos forjaron para tener vocación y amor a lo que hacemos.

Finalmente, a nuestra Alma Mater, que nos permitió tener nuestras bases académicas, pero más que eso, que cultivó en nosotras ese carácter crítico, más consciencia social y nos permitió hacernos personas más integrales en nuestro quehacer.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	6
CAPÍTULO I	9
¿QUÉ SON LAS EMOCIONES?	9
EVOLUCIÓN Y PANORAMA ACTUAL DE LAS EMOCIONES	34
Emoción y Sentimiento	36
Tipos de emoción, componentes y teorías representativas	37
El papel de las emociones en la vida cotidiana	39
CAPÍTULO II	42
LAS EMOCIONES MORALES	42
Familias de emociones morales	47
TOMA DE DECISIONES MORALES	49
Adam Smith: Modelo de elección racional	50
Herbert Simon: Modelo de racionalidad limitada	52
Neuman y Morgenstem- Kahneman y Tversky: Modelos normativos y descriptivos de la toma de decisiones	53
Teoría de la Utilidad Esperada (TUE)	54
Teoría de la perspectiva	55
Stanovich y West: Sistema 1 (Intuitivo) y sistema 2 (racional)	56
MODELOS DE COGNICIÓN MORAL	59
Modelo Social Intuicionista (SIM) (Haidt, 2001)	60
Teoría del Procesamiento Dual (<i>Dual Process Theory</i>)	64
CAPITULO III	73
APORTES A LA DISCUSIÓN	73
CONCLUSIONES	84
BIBLIOGRAFÍA	87

INTRODUCCIÓN

Con la intención de desarrollar un trabajo de grado que transversalizara al ser humano en su cotidianidad, que resultara en algo práctico y vigente, surge el interés por la emoción; tema que pese a la gran cantidad de investigación y los grandes hallazgos, se evidencia que apenas se están dando los primeros pasos a nivel científico, aún hay muchas controversias y el camino está por recorrer. A través del proceso de investigación se identifican que es un tema que acompaña en gran medida nuestro día a día, de allí que el objetivo central de este trabajo sean las emociones y la influencia que estas tienen en la toma de decisiones morales. Así pues, es a partir del proceso de investigación documental monográfica que se pretende elaborar este trabajo para dar cuenta del momento investigativo del tema, además de hacer una descripción detallada de los antecedentes, conocimientos y futuros avances sobre esta temática.

Para llevar a cabo este proceso se parte de la consolidación de información existente sobre las emociones y toma de decisiones morales de forma general, además se realiza una caracterización de la influencia que tienen las emociones en situaciones de toma de decisiones y discutiendo los puntos de encuentro y divergencia de esta influencia y cada uno de los conceptos como tal.

Se espera que este texto sirva como una fuente que proporcione elementos para que continúe el debate sobre la naturaleza de la emoción y su papel sobre todo en la toma de decisiones morales.

Para cumplir con el propósito anterior, esta monografía se compone de tres capítulos. El primer capítulo se puede dividir a su vez en dos partes, en la primera se han resumido las consideraciones relacionadas con la pregunta ¿Qué es una emoción? con un

recorrido por la historia con diferentes teóricos, desde los clásicos como Aristóteles, Descartes, Spinoza, Hume y Darwin, hasta Calhoun y Solomon, pasando por James, Cannon, Dewey, Schachler y Singer, Freud, Brentano, Scheler, Sartre, Heidegger, Ryle y Kenny. La segunda parte continúa esta cronología enfocándose en el panorama actual de la emociones, aquí se hace una descripción de conceptos y procesos en relación a la emoción, tales como sentimiento, tipos de emoción y sus componentes y el papel de las emociones en la vida cotidiana.

El segundo capítulo continúa con el tema de las emociones añadiendo lo moral, describiendo que, pese a que no hay una división clara entre las emociones morales y las emociones no morales, algunos autores como Haidt formulan cuatro familias de emociones morales, que serían las referentes a la condena, la autoconciencia, las relativas al sufrimiento ajeno y las de admiración de las cuales se hace una sucinta descripción, lo que nos permite adentrarnos en el tema de las decisiones morales, haciendo una breve conceptualización y señalando algunos debates sobre la brecha entre las concepciones que se tienen de las emociones y de la razón, esta brecha se puede apreciar de manera más clara en la toma de decisiones.

Llegados a este punto, se adentra en el tema de toma de decisiones a través de los modelos que se identifican como los principales para la teorización, y aunque no todos estos surgen precisamente desde la psicología, influenciaron el campo y permitieron ir transformando los conceptos. Estos modelos son: el de Elección Racional de Adam Smith, el cual se basa en la racionalidad económica como piedra angular que lleva los individuos a actuar, en oposición a esto, Herbert Simon plantea el modelo de Racionalidad Limitada en el que propuso que el hombre no era un ser completamente racional, sino que por el contrario, su racionalidad está limitada. Buscando hacer una conjunción de las dos propuestas anteriores, Neuman y Morgenstem - Kahneman y Tversky construyeron los modelos normativos y descriptivos de la

toma de decisiones. Se aborda también en este capítulo la Teoría de la Utilidad Esperada, la cual plantea que la conducta racional puede establecerse como la maximización de la utilidad esperada, finalizando con Stanovich y West con su propuesta de Sistema 1 (intuitivo) y sistema 2 (racional).

Continuando, se plantean los modelos de cognición moral cuyos autores más representativos son Haidt y Greene. El primero, con el modelo social intuicionista busca plantear un modelo integral del juicio moral desde el cual reconoce el valor de los factores sociales y emocionales al momento de emitir un juicio moral y deja en un segundo plano el proceso de razonamiento. Siguiendo esta línea Haidt desarrolla el concepto de desconcierto moral, el cual se da por la mantención de un juicio sin razones que lo apoyen y que puedan ser lógicas; Para finalizar, se identifican varios sistemas psicológicos como lo son: daño/cuidado, equidad/reciprocidad, endogrupo/lealtad, autoridad/respeto, pureza/santidad, dichos sistemas son generales e innatos que pueden ser encontrados en cualquier cultura.

En la parte final del capítulo, se expone la teoría del procesamiento dual que ha sido desarrollada principalmente por Greene, la cual ha encontrado que en el juicio moral se presentan dos nociones, una deontológica, causada por respuestas emocionales que favorece la toma de decisiones que respetan y se rigen por las normas morales, y otra utilitarista o consecuencialista, causados por procesos más racionales y que suscita respuestas cuyo resultado es promover el bien común.

El tercer capítulo, como desenlace del trabajo, presenta las discusiones, críticas y comentarios a todo lo consignado en el cuerpo del trabajo, de lo cual se anotan una serie de conclusiones.

CAPÍTULO I

¿QUÉ SON LAS EMOCIONES?

Se plantea resolver este interrogante por medio de un recorrido histórico a través de las teorizaciones de diferentes autores, principalmente filósofos, psicólogos y biólogos, que pensaron el tema de las emociones. Este abordaje se realizará a partir del trabajo de compilación realizado por Cheshire Calhoun y Robert C. Solomon que plantean algunas de las respuestas a esta pregunta sobre las emociones desde los tiempos de la Grecia Antigua hasta nuestros días, lo que abrirá el paso para definir las emociones morales y, más aún, cuál es el papel de estas en la toma de decisiones.

Comenzando con Aristóteles (384-322 a.C.), uno de los pensadores que dio grandes avances teóricos en muchos temas, a los que, como en el caso de la emoción, son postulados que se anticipan a teorías contemporáneas. Aristóteles habló de las emociones en la Retórica, en de Anima y en Ética nicomaquea. Siguiendo a su predecesor Platón, Aristóteles divide el alma humana en una parte racional y una irracional pero, a diferencia de Platón, Aristóteles no establece una división drástica entre las dos partes. Argumenta que las dos forman necesariamente una unidad, y esto se aplica particularmente a las emociones que abarcan un elemento cognoscitivo, incluyendo creencias y expectativas sobre la propia situación, así como sensaciones físicas. Calhoun y Solomon (1984) afirman que:

El análisis de Aristóteles de la emoción es notable tanto por su perspicacia como por el hecho de que evita la mayoría de los problemas que han importunado a todas las teorías de la emoción. Aristóteles evita el dualismo de mente y cuerpo, argumentando en de Anima, que las creencias, los movimientos corporales y los cambios fisiológicos son elementos inseparables de la

emoción. Así, evita distinguir en forma demasiado tajante entre los elementos racionales (o cognoscitivos) de la emoción y los irracionales (o físicos), reconociendo que las emociones pueden ser ambas cosas en grados variantes de complejidad. Del mismo modo, evita tratar las emociones como respuestas irracionales e incontroladas a las situaciones. En ocasiones nuestras emociones pueden ser injustificadas. Aristóteles desarrolla especialmente este punto en la *Ética nicomaquea*, en la que argumenta que la virtud (por ejemplo, el valor y la generosidad) es principalmente cuestión de sentir lo correcto; así, el individuo valiente no es temerario y está sobrecogido por el temor en una situación peligrosa. (p.52)

Aristóteles en su libro *Retórica*, citado por Calhoun y Solomon (1984), define la emoción como “aquello que hace que la condición de una persona se transforme a tal grado que su juicio quede afectado, y algo que va acompañado de placer y dolor” (p.52). También argumenta que podemos moldear nuestras emociones por medio de la educación y el hábito. Además, en la *Retórica*, Aristóteles ve que lo que caracteriza a muchas emociones es una fuerte creencia moral sobre cómo deben comportarse los demás. El autor griego ejemplifica con la cólera sus explicaciones sobre la emoción planteando que, cada emoción tiene unos elementos y unas condiciones, uno de los cuales son las creencias morales que respecto a la cólera nos indica que son malos el desprecio, el despecho y la insolencia; creencias sobre nuestro rango social y sobre cómo deben ser tratados los individuos; un deseo de venganza y el placer que se siente previéndola; y, frecuentemente, una circunstancia especial (i.e. ser insultado frente a rivales o admiradores provoca una cólera más grande que ser insultado frente a personas cuya opinión no nos importa).

Durante el siglo XVII, Descartes se reveló contra la presión de la época atravesada políticamente por un régimen de autoridad e insistió en ‘la luz natural de la razón’ y en la capacidad del individuo para resolver las cuestiones por sí mismo. A partir de esto, los

métodos de las matemáticas le atrajeron y pronto forjó la idea de que estos métodos podían aplicarse también a otros campos. Así lo exponen Calhoun y Solomon (1984):

La clave de la teoría de Descartes sobre la emoción y de su teoría de la mente en general, es su distinción metafísica entre dos tipos de substancia: la mental y la física. La mente, según Descartes, es una "substancia no extendida" definida por sus propiedades de pensamiento y libre albedrío. Los cuerpos, en cambio, están extendidos en el espacio y sometidos a las leyes mecánicas de la física. (...) Argumenta que la mente puede interactuar con cualquier parte del cuerpo por medio de lo que él llama "espíritus animales", (partículas minúsculas de sangre), que llevan mensajes a diversas partes del cuerpo. Esta perspectiva dualística de la mente y el cuerpo suscita problemas especiales cuando el tema es la emoción (p.62).

Descartes piensa en las emociones como sentimientos de agitación física y excitación, y se esfuerza en describir en términos apropiados para el nivel de conocimiento científico de su tiempo, lo que sucede en el cuerpo cuando experimentamos una emoción. Así, por ejemplo, señala que la sangre sale rápidamente del corazón cuando hay miedo, y los espíritus animales pasan del cerebro a los miembros, disponiéndonos a huir. En la medida en que Descartes piensa en las emociones como sensaciones, su teoría de la emoción prepara el escenario para muchas teorías posteriores, como la de Hume y la de James, en la que las emociones no son otra cosa que sensaciones de agitación.

Descartes, empero, no se limita a este análisis fisiológico de la emoción. También describe las emociones en lenguaje mentalístico directo, y habla de las percepciones, los deseos y las creencias relacionadas con las diferentes emociones. Al reconocer la dimensión conceptual de las emociones, Descartes parece estar luchando hacia una imagen más cognoscitiva de las emociones, una imagen característica de muchas teorías contemporáneas de la emoción.

Otro autor que elaboró la teoría sobre la emoción fue Benedict Spinoza, que vivió de 1632 a 1677, elaboró su teoría de la emoción en reacción al tratado de Descartes; pero su teoría, en realidad, era un eco de la que elaboraron los estoicos, particularmente Crisipo y Séneca mil años antes. Calhoun y Solomon (1984) afirman que “los estoicos veían las emociones como juicios errados sobre el mundo, como formas falsas y destructivas de ver la vida y sus infortunios” (p.80). Spinoza también pensaba que el mundo estaba totalmente determinado, totalmente fuera de nuestro control; y por eso su concepto de la sabiduría es, fundamentalmente el autocontrol, una negación a ser movido por la emoción, un intento de ver a través de las emociones con la razón. Spinoza introduce su teoría sobre la emoción basándose en los estoicos, como se dijo anteriormente, como pensamientos defectuosos sobre el mundo, como malentendidos.

Calhoun y Solomon (1984) se refieren a Spinoza manifestando que define las emociones como "modificaciones del cuerpo, que aumentan o disminuyen nuestros poderes activos, por ejemplo la cólera que nos espolea, y la tristeza, que nos estorba” (p.81). Añade que todas las emociones están definidas fundamentalmente por referencia al placer y el dolor; y distingue las emociones pasivas, que se originan fuera de nosotros, de las emociones activas, que son el resultado de nuestras naturalezas y de un sentido placentero de incremento en la actividad, por lo que “todos los males de la vida, dice Spinoza, se deben a las emociones pasivas, que nos causan dolor y hacen bajar nuestra vitalidad” (p.81).

Spinoza evita el problema de la interacción que tuvo Descartes, puesto que para él la mente y el cuerpo no son sino dos atributos de una substancia. Las hipótesis de Spinoza principalmente se basan en que todo lo que sucede en el universo es determinado por dios y, por lo tanto necesario; además, no podemos cambiar nada, por ende no tiene ningún objeto

lamentarnos de los infortunios o maldecir la tragedia, solo podemos entenderlos, por lo que según el autor no hay libre albedrío y nuestra idea e intención no es sino una modificación en la gran mente de Dios y, por consiguiente, determinada.

En el Tratado de la naturaleza humana, una de las obras destacadas de Hume, el autor tomó parte en la batalla que se libraba entonces entre los filósofos morales que creían que el conocimiento humano estaba basado en la razón, y los que creían que estaba basado en el sentimiento. Hume argumentó allí, así como en la Investigación Sobre Los Principios de la Moral, publicada en 1751, que al hacer nuestros juicios de lo que está moralmente correcto o incorrecto nos guiamos por ciertos sentimientos de aprobación y desaprobación, a los que él llamó sentimientos morales. Según Calhoun y Solomon (1984), Hume en defensa de lo anterior argumentó que si el sentimiento no jugara un papel importante en el conocimiento moral, nunca estaríamos motivados a hacer lo correcto y a evitar lo incorrecto.

Hume es quizá mejor conocido por su obra sobre los sentimientos morales, que encaja dentro de una teoría y clasificación general de las emociones. En su texto De las Pasiones, publicado en 1757, fue el primer filósofo moderno que dio seria atención al papel que juegan las ideas y las creencias en generar las emociones, así como el primero en insinuar la idea de que las emociones siempre se sienten respecto a un objeto. Calhoun y Solomon (1984) parten de la opinión de Spinoza sobre las emociones calmadas (sentimientos morales de poca agitación) y las violentas (cólera y amor), para señalar que Hume define la emoción como diversos grados de agitación física y posiblemente mental:

Hume argumenta que una teoría de la emoción no puede ser sobre las "partes" componentes de la emoción(...). Clasifica las emociones dentro de dos categorías generales - "directa" e "indirecta"- y cada categoría tiene un tipo distinto de historia causal. El gozo, el dolor

y la esperanza son emociones directas; son causadas simplemente por sentimientos de placer o dolor. Por ejemplo, al recibir un regalo inesperado sentimos placer y esto, a su vez, nos causa alegría. En contraste, las emociones indirectas, como el amor, el odio y el orgullo, son causadas por placeres o dolores más ciertas creencias sobre el objeto y su asociación con alguna persona. Su análisis de estas emociones indirectas es la mayor contribución de Hume a la teoría de la emoción. (p. 108)

Los filósofos contemporáneos todavía comparten el interés de Hume en las causas de la emoción (aunque muchos rechazan su descripción); y su teoría emocional, especialmente en lo que se relaciona con su teoría moral, sigue siendo un tema de influencia en la contemporaneidad.

La teoría de Darwin sobre las emociones da origen a la expresión emocional, como su teoría de la evolución en general se critica porque no hay una prueba directa que la apoye, además, la explicación de Darwin de la expresión emocional se basa en gran parte de la tesis Lamarkeana de que los hábitos adquiridos se pueden transmitir genéticamente, y en consecuencia está ahora desacreditada. No obstante, Darwin (1921) hace preguntas interesantes y problemáticas, ¿cuál es la relación entre expresar nuestras emociones y la intensidad de la emoción? (¿la supresión de la emoción la hace más intensa o menos intensa?) ¿hasta qué punto es innata la expresión humana de la emoción, y hasta qué punto es aprendida o determinada por la propia cultura? El énfasis de Darwin en que la conducta emocional tiene un propósito encuentra ecos en teorías posteriores, como la de James y Dewey. Calhoun y Solomon (1984) dicen que:

Darwin delinea los tres principios más importantes que explican el origen de la expresión emocional, algunas expresiones emocionales surgen originalmente porque son útiles para manejar una situación que provoca emoción y por consiguiente tienen

valor para la supervivencia, otras, son simplemente lo opuesto de esas conductas emocionales útiles relacionadas con una emoción opuesta y otras más, como el temblor son simplemente el resultado de los cambios fisiológicos que ocurren durante experiencias emocionales.

Contiguo al fallecimiento de Darwin, en 1842 nace William James, estudió medicina y comenzó su carrera enseñando anatomía y fisiología en Harvard, en 1873, llegó a estar cada vez más interesado en la psicología y la filosofía. Para 1890 cuando publicó su famoso libro Principios de Psicología, era profesor de filosofía en Harvard. La amplia gama de intereses filosóficos de James incluía la ética, la religión y la epistemología; fue una de las figuras centrales en el movimiento filosófico norteamericano conocido como pragmatismo.

James usa todo sus conocimientos de las disciplinas y los integra para generar una teoría sobre la emoción, a lo que dice Calhoun y Solomon (1984) que “Comienza con una definición de la emoción como la percepción de trastornos fisiológicos que ocurren cuando nos damos cuenta de sucesos y objetos de nuestro ambiente” (p.140). Un ejemplo de esto puede ser cuando nos tropezamos de improviso con una serpiente, nuestros músculos se contraen involuntariamente y nuestra respiración se acelera preparándose instintivamente para huir; y el temor a la serpiente no es otra cosa que la percepción de estos cambios fisiológicos involuntarios e instintivos. En defensa de esta definición, James señala que, si le quitamos a nuestra experiencia de la emoción todas las características de los síntomas corporales, encontramos que sólo nos queda y citando a James " un estado frío y neutral de percepción intelectual” (citado por Calhoun y Solomon, 1984, p.140)

El concebir las emociones como percepciones de trastornos fisiológicos lleva a una curiosa inversión de lo que ordinariamente consideramos como el orden causal de los

sucesos. James dice que no lloramos porque nos sentimos tristes si no que nos sentimos tristes porque lloramos, enojados porque golpeamos y asustados porque temblamos. Así pues, la reacción fisiológica es central para la emoción; y sentirse triste no es la causa de esta reacción. James deja en gran parte sin explicación como es que los sucesos y objeto de nuestro ambiente llegan a producir estos trastornos fisiológicos, aunque dice en ciertos casos que le hace un llamado a todos nuestros instintos. Además, James es singularmente vago para explicar cómo podemos identificar y distinguir entre muchas emociones diferentes simplemente sobre la base de los cambios fisiológicos relacionados con ellas, esto ha llevado a la crítica más devastadora de toda su teoría. (Calhoun y Solomon, 1984 p.140)

Según Walter B. Cannon autor que se trata a continuación, citado por Calhoun y Solomon, (1984) plantea que la teoría de James sobre la emoción se puede resumir en:

Un objeto estimula uno o más órganos de los sentidos; los impulsos aferentes pasan a la corteza y el objeto es percibido; partiendo de allí pasan corrientes a los músculos y vísceras y las alteran en formas complejas; los impulsos aferentes que parten de estos órganos alterados regresan a la corteza y cuando son percibidos allí transforman el "objeto captado simplemente" en el "objeto sentido emocionalmente. (p.159)

Cannon fue un fisiólogo de la universidad de Harvard, realizó estudios sobre la conmoción o choque en el contexto de la primera guerra mundial y luego investigo sobre el sistema endocrino, lo que lo llevó a elaborar la teoría de la homeostasis, ósea como los procesos fisiológicos sirven para mantener la estabilidad de los sistemas corporales.

Sus investigaciones sobre el tracto intestinal lo llevaron a un interés más general en los cambios corporales relacionados no sólo con el hambre, sino también con el dolor, temor, rabia, cólera, de lo cual de diferentes investigaciones de laboratorio demuestra que los cambios fisiológicos relacionados con estos estados contribuyen al bienestar y autopreservación del

individuo. Cannon entonces, critica la teoría de James de la emoción y pone a prueba experimentalmente cosa que no había realizado James. De estas pruebas Cannon confirma la correlación entre la emoción y los trastornos viscerales, pero concluye que las emociones no pueden ser simplemente la percepción de estos trastornos.

Su experimento consta a groso modo de hacer un corte trasversal en la médula espinal y el nervio vago de unos perros a fin de destruir toda conexión del cerebro con el corazón, los pulmones, el estómago y los intestinos, así como el bazo, hígado y otros órganos abdominales; Cannon en su texto *Cambios Corporales en el Dolor, Hambre, Temor y Cólera*, citado por Calhoun y Solomon, 1984 concluye que:

No fue posible evocar la secreción de la médula adrenal; no se pudo inhibir la acción del estómago y los intestinos, ni se pudo hacer que se erizaran los pelos; no se pudo recurrir al hígado para que liberara azúcar en el torrente sanguíneo. Estas operaciones, que provocan tan amplios trastornos, tuvieron poco o ningún efecto sobre las respuestas emocionales de los animales. En uno de los perritos que tenía un temperamento marcadamente emocional, la reducción quirúrgica del campo sensorial no provocó ningún cambio obvio en su conducta emocional. (p.161)

Respecto a lo anterior los planteamientos fundamentales de Cannon son; que la separación total entre las vísceras y el sistema nervioso central no modifica la conducta emocional; los mismos cambios viscerales ocurren en estados emocionales muy diferentes, y en estados no emocionales; los cambios viscerales son demasiado lentos como para producir un sentimiento emocional; la inducción artificial de los cambios viscerales típicos de las emociones intensas no producen estas emociones.

Otro autor relevante entre las polémicas de la época fue John Dewey que ataca a Darwin por pensar que la conducta expresa emociones. La persona que respinga cuando sufre un

sobresalto en realidad no está experimentando su respingo como una expresión de temor; para él, es un movimiento que tiene el propósito de evitar un objeto amenazante. Dewey también critica acerbamente la teoría de James (que equipara la emoción con la percepción de trastornos fisiológicos) porque no explica a qué se debe que las emociones sean tan significativas en nuestras vidas. Para explicar esto, Dewey argumenta que las emociones son formas de experimentar el mundo, que están dirigidas hacia cosas del ambiente que poseen cualidades emocionales que nos atemorizan, alegran o entristecen.

A pesar de estas objeciones, Dewey incorpora elementos de las teorías de James y de Darwin en su propia teoría. También añade el énfasis de Darwin en el valor que tiene la conducta emocional para la supervivencia, y el énfasis de James en los trastornos fisiológicos a su propio énfasis en el papel de la solución de problemas en nuestra experiencia del mundo. Como resultado, Dewey (1916) argumenta que los trastornos fisiológicos y las conductas abiertas que caracterizan a determinada emoción son necesarios para que podamos manejar una situación emocional en forma deliberada. Por ejemplo, retener el aliento, mantener fija la atención y prepararse para la fuga son todos movimientos cautelosos y juiciosos al manejar una situación atemorizante.

Según Calhoun y Solomon (1984), Dewey ofrece una definición de la emoción dividida en tres partes.

Las emociones incluyen: 1) un *quale* o sentimiento (el sentimiento de temor, gozo, tristeza, etcétera; 2) conducta deliberada, y 3) un objeto que tiene una cualidad emocional. Aunque su explicación de estas características a veces no es muy clara, la teoría de Dewey de la emoción es sorprendentemente refinada y compleja y digna de seria atención. (p.169)

Dewey citado por Calhoun y Solomon (1984) dice que “la emoción es, psicológicamente hablando, el ajuste o tensión del hábito e ideal, y los cambios orgánicos en el cuerpo son los ajustes literales, en términos concretos, de la lucha de adaptación. (p.187)

Stanley Schachter y Jerome Singer, dos psicólogos experimentales, son más radicales que Dewey respecto a al rechazo de la teoría de James, los dos autores consideran que debe ser suplementada por otra teoría más cognoscitiva de las emociones, según ellos la emoción puede ser un estado corporal de excitación, pero debe haber también otros factores que den razón de la variedad de nuestras emociones y de nuestra capacidad para distinguirlas. “En particular, está el simple acto de "poner etiquetas" a nuestras emociones, ponerles nombres ya sea correcta o incorrectamente.” (Calhoun y Solomon, 1984, p. 188) Así, el mismo estado de excitación se presenta en la cólera, el temor o los celos, pero la etiqueta que damos a estas emociones las hace distintas. ¿Cómo sabemos qué nombre hemos de dar a una emoción? La excitación fisiológica experimentada cuando nos sale al paso un hombre armado en un callejón es temor, no amor.

La teoría de Schachter y Singer de la emoción tiene dos elementos: el componente psicológico Jamesiano de la excitación, y un componente cognoscitivo que determina cómo se clasifican las emociones y se distinguen unas de otras. (Calhoun y Solomon, 1984, p.188).

El primer componente se puede medir con bastante precisión, cosa que sucedía en tiempos de James; en cambio, el segundo componente es complejo y difícil de cuantificar. Los experimentos de Schachter y Singer fueron diseñados principalmente para distinguir entre estos dos componentes e identificar los factores que intervienen en el segundo componente de la emoción. En estos experimentos, se inyectó a unos sujetos con diferentes cantidades de epinefrina (adrenalina), o de solución salina para un efecto de placebo, y las circunstancias fueron manipuladas de tal manera que los sujetos se encontraron en ciertas situaciones definidas

en que una etiqueta sería más apropiada que otra para la emoción, y también en situaciones mal definidas en que no sería apropiada ninguna etiqueta particular para la emoción. Se planteó la hipótesis de que las emociones son una combinación de factores fisiológicos y cognoscitivos; y se sacó la conclusión de que “un sujeto identifica los estados de excitación fisiológica en términos de "las cogniciones que se le ofrecen" y que "una explicación completamente satisfactoria" hace que no sea tan necesario identificar el propio estado en términos emocionales.” (Calhoun y Solomon, 1984, p.188).

Sin embargo Schachter y Singer también reiteran la tesis básica de James de que “un individuo reaccionará emocionalmente sólo en la medida en que experimenta un estado de excitación fisiológica”. En esta forma queda modificada y enmendada la teoría de James, pero no rechazada en su formulación más básica.

Calhoun y Solomon (1984) en la compilación que hacen, toma el texto de Schachter y Singer Determinantes Cognoscitivos, Sociales y Fisiológicos del Estado Emocional en la que señalan que se ha sugerido que los estados emocionales se pueden considerar como una función de un estado de excitación fisiológica y de una cognición apropiada para este estado de excitación deducen unas proposiciones (p.199-200) las cuales se resumirán en pertinencia de este trabajo:

1. Dado un estado de excitación fisiológica para el cual un individuo no tiene explicación inmediata, él clasificará este estado y describirá sus sentimientos en términos de las cogniciones con que cuenta. Puesto que los factores cognoscitivos determinan en gran parte los estados emocionales, podemos prever que precisamente el mismo estado de excitación fisiológica se puede clasificar de gozo o furia o celos o

cualquiera de una gran diversidad de etiquetas emocionales que dependen de los aspectos cognoscitivos de la situación.

2. Dado un estado de excitación fisiológica para el cual un individuo tiene una explicación completamente apropiada, no surgirán necesidades evaluativas y el individuo probablemente no etiquetará sus sentimientos en términos de las otras cogniciones con que cuenta.

3. Dadas las mismas circunstancias cognoscitivas, el individuo reaccionará emocionalmente o describirá sus sentimientos como emociones sólo en la medida en que experimente un estado de excitación fisiológica. Se ha descrito un experimento que, junto con los resultados de otros estudios, apoya estas proposiciones.

Complementario a lo anterior se continuara con Sigmud Freud, este médico nació en Friburgo y vivió en Viena casi toda su vida, hasta que se vio obligado a escapar de los nazis en su ancianidad. Siempre estuvo interesado en la filosofía, pero siguió la carrera de medicina y llegó a ser neurólogo clínico. En 1894 colaboró con Joseph Breuer en estudios de pacientes histéricas que se habían curado al permitírseles expresar temores y sentimientos por medio de la hipnosis. En 1885 continuó estos estudios con Charcot, en París, y en la década siguiente elaboró la teoría de la asociación libre y el análisis que llegaría a ser el Psicoanálisis.

Freud no elaboró una teoría de la emoción como tal, pero sus teorías psicoanalíticas cambiaron radicalmente toda la idea de las emociones y de los tipos de fenómenos que supuestamente se explican en las teorías de la emoción. Con su concepto del inconsciente Freud moldeó de nuevo las ideas sobre la mente, de los sucesos mentales, incluyendo las emociones, ya no se suponía que estaban en la conciencia; podían también sufrir una variedad de vicisitudes, que a veces impiden darnos cuenta de ellas. No obstante, como lo

demonstró Freud ampliamente en sus meticulosas historias clínicas, una emoción, aunque sea inconsciente, de todos modos puede influir drásticamente en la conducta de una persona en la misma forma que si fuera totalmente consciente. Esto, a su vez, requería una nueva forma de pensar sobre las emociones en general. Por lo pronto, significaba que los psicólogos prestarían menos atención y darían menos crédito a los informes conscientes de una persona; lo que estaba sucediendo en su mente no era siempre un asunto que él o ella fuera capaz de discutir. Calhoun y Solomon (1984) plantean que:

En todas las teorías de la mente de Freud se dieron por sentadas las mismas cosas: que la causa fundamental de la emoción es la "energía psíquica", que hay procesos inconscientes de los cuales la persona quizá no se da cuenta o no pueda darse cuenta; que la mente está separada en diferentes partes o "agencias" que entran en conflicto; y que las experiencias infantiles, especialmente las de naturaleza sexual, influyen profundamente en la conducta y en la psicología de los adultos. (p.201)

Calhoun y Solomon (1984) distinguen de la obra de Freud tres formas diferentes de ver la emoción, basadas en los tres componentes de instinto, idea y afecto:

1. Una emoción es ella misma un instinto o un impulso innato, esencialmente inconsciente. 2. Una emoción es un instinto más una idea: un impulso que viene del interior del inconsciente, pero encaminado a un objeto consciente. En este análisis, una emoción llega a ser inconsciente cuando la idea se separa de su instinto, de tal manera que la persona podría experimentar sin saber cómo o por qué.

3. Una emoción es simplemente un efecto, simplemente un sentimiento, o lo que William James llamó un epifenómeno, un producto derivado de los procesos de la mente. En este análisis, una emoción no puede ser inconsciente, aunque sus causas puedan serlo.

Contemporáneo a Freud, Franz Brentano fue un filósofo y psicólogo Alemán que entró al sacerdocio católico romano en 1864, mientras era profesor de filosofía en Wurtzburgo. En 1873, cuando se convenció de que no sería anulada la doctrina de la infalibilidad del papa, que él no podía aceptar, Brentano dejó el sacerdocio y aceptó un puesto en la Universidad de Viena, donde dio conferencias sobre filosofía y psicología hasta 1895. Insatisfecho con la pluralidad de los sistemas psicológicos que existían en su época, Brentano se dedicó a revisar completamente el campo de la psicología con la esperanza de unificarlo dentro de un sistema. Con este fin se embarcó en lo que él llamaba Psicología Descriptiva: una descripción y aclaración de los conceptos psicológicos básicos, así como una clasificación de los fenómenos psicológicos. En su psicología descriptiva, Brentano distinguió los fenómenos mentales de los fenómenos físicos. Los primeros se caracterizan por el hecho de que tienen un objeto, hacia el cual están dirigidos. Cualquier persona que piensa, piensa en algo, y cualquiera que está enojado está enojado por algo, y así sucesivamente. Su argumento es que ningún acto mental, ya sea un pensamiento o una emoción, es simplemente un acto mental; siempre se refiere a algo más, a algún objeto. A esta dirección hacia un objeto o a su referencia se le llama intencionalidad, concepto clave en la teoría de Brentano. Al afirmar que todos los fenómenos mentales, incluyendo las emociones, son intencionales, Brentano rechaza claramente el punto de vista tradicional sobre las emociones, adoptado por Descartes y Hume, que trata las emociones como solo sensaciones. Sin embargo, su rechazo llega aún más lejos; él argumenta que muchas emociones, específicamente un tipo especial de amor y odio, no son irracionales ni subjetivas.

Brentano creía que podemos dirigirnos intencionalmente hacia los objetos en tres formas básicas: teniendo algo en mente (una representación o una idea), aceptándolos o

rechazándolos, o adoptando una actitud emocional en pro o en contra de ellos (amando u odiando).

Referido al sistema respecto a las emociones que propone Brentano citado por Calhoun y Solomon (1984) dicen que:

Algunos pondrían el juicio en segundo lugar –después de pensar y antes de las emociones- basándose en que juzgar es más semejante a pensar que las emociones. No obstante, en realidad no parece haber esta gran similitud. Algunos pondrían las emociones antes del juicio, y se defenderían diciendo que la voluntad determina si creemos o no creemos. Sin embargo, en general éste no es el caso. Desear requiere juicio; y la percepción interna evidente es ciertamente un conocimiento que es independiente de cualquier deseo. (p.225)

Las distinciones respecto al juicio, como las relacionadas con las ideas, se trasladan a la esfera de las emociones. Así mi emoción puede diferir marcadamente dependiendo de si alguna felicidad futura que yo imagino aparece cierta o incierta, probable o improbable, accesible o inaccesible. Aquí puede haber algo que resulta en sí mismo indiferente, pero que agrada por ser un signo de alguna otra cosa, o por ser instrumento eficaz para alguna otra cosa; esa emoción sufre la influencia del juicio.

Aristóteles autor mencionado al comienzo de este texto, tiene una idea similar a Brentano, que puesto que el temor hace que la gente se enfríe, la gente a menudo se pone temerosa al enfriarse, sin que sepa a qué le tiene miedo. Por lo tanto si el deseo de hacer daño puede inducir un estado de agitación y excitación, mientras que por otro lado el estado de agitación y excitación puede crear el deseo de hacer daño, podemos preguntarnos si la primera o la segunda de estas características constituyen la esencia de la cólera. Mientras tanto haríamos bien en considerar que la esencia de la cólera comprende no sólo estas dos cosas, sino también una relación genética con alguna experiencia anterior que ocasionó todo el estado hostil.

Max Scheler vivió durante la aparición y el ascenso del movimiento filosófico conocido como fenomenología, que fue un intento por penetrar más allá de las preconcepciones científicas y filosóficas para describir las esencias de las cosas mismas, no contaminadas por los prejuicios teóricos.

Por otra parte, Max Scheler se preocupaba por esta pregunta: ¿Qué es el hombre? Su obra se adentra en la naturaleza del hombre como un ser ético, religioso, cultural, histórico y natural. Para Scheler, la única forma de contestar esa pregunta es investigando la vida emocional del ser humano.

Según Calhoun y Solomon (1984) Scheler en su obra *Formalismo*, escrita en 1916 escribe un tratado ético sobre la naturaleza de los valores y la valoración, en él Scheler introduce y defiende la idea de que hay una lógica *du coeur*: un orden de los valores, que se extiende desde los valores inferiores de lo agradable y desagradable, pasando por los valores éticos, hasta el valor más alto de lo santo, que se siente o conoce a través de diferentes actos emocionales. Scheler argumenta que nuestro conocimiento y comprensión de otras mentes no se basa en inferencias de nuestra comprensión de nosotros mismos, sino más bien es el resultado de un contacto emocional inmediato con los demás.

En esta forma, nuestra conciencia original de los rasgos valiosos que hay en el mundo que nos rodea tiene lugar en nuestras respuestas emocionales a ella.

Según los autores del texto ¿qué son las emociones? del que se ha guiado este texto, Si hay alguna declaración que pueda resumir la posición general de Scheler en *Formalismo*, es el aforismo de Blas Pascal de que "el corazón tiene sus razones, que la razón no conoce".(p.233) En otras palabras, el proyecto central de Scheler fue mostrar que el sentimiento es una forma de cognición que nos permite ver valores en el mundo objetivo que nos rodea, el

corazón tiene sus razones, y que el sentimiento es una forma de cognición totalmente distinta e irreducible a cualquier cognición racional o intelectual que la razón no conoce.

Para Scheler entonces las emociones no se reducen a afectos irracionales que nos suceden y que no contribuyen en nada, excepto accidentalmente, a nuestro conocimiento del mundo. Al su planteamiento ser opuesto a eso, trata de superar la dicotomía tradicional entre la emoción y la razón. Según Calhoun y Solomon (1984) “para Scheler, por lo menos algunas emociones están a la par con la razón, siendo una especie de intuición o percepción de lo que es o no es valioso; esas emociones nos proporcionan nuestro único acceso al mundo de los valores.” (p.233) De su teoría se puede decir que si no fuéramos emocionales, toda nuestra vida intelectual estaría confinada a observaciones puramente objetivas sobre el mundo, y nunca podríamos evaluar estos hechos.

Muy contemporáneo en tiempo al autor anterior, Martin Heidegger se interesó principalmente en las preguntas más indefinidas de los problemas metafísicos y filosóficos de la vida. Su libro *El ser y el tiempo*, publicado en 1926, fue una influencia importante en el movimiento existencialista de toda Europa y posteriormente, en toda América e incluso en el Oriente. El estilo de *El ser y el tiempo* es fenomenológico

Heidegger (1926) insiste en que la existencia humana o *el Dasein* es ante todo práctica e interesada. Nuestra forma de existencia no consiste tanto en conocer el mundo como en preocuparnos por nuestro lugar en el mundo.

En consecuencia, una de las preocupaciones claves de *El ser y el tiempo* es el fenómeno de los estados de ánimo. Heidegger habla sólo ocasionalmente sobre las emociones específicas, pero los estados de ánimo son, para él, la base misma de la conciencia humana, y no interrupciones ocasionales o estados en que a veces estamos sombríos o alegres.

Lo que nos da Heidegger no es simplemente una nueva perspectiva de las emociones y los estados de ánimo, sino más bien una nueva visión de nosotros mismos y del mundo.

En el mismo siglo, Jean-Paul Sartre, un filósofo de gran influencia para la época en diferentes campos, creó diferentes obras sobre el existencialismo. Una de estas obras es *El Ser y la Nada* publicada en 1943 donde depositó su conocimiento fruto de varios años de estudio en psicología y en una nueva disciplina filosófica llamada fenomenología que calificó como el estudio de las estructuras esenciales de la conciencia humana. En otra de sus obras llamada *Las Emociones*, Sartre criticó la teoría de James-Lange de la emoción así como varias teorías psicoanalíticas y además esbozó su propia teoría fenomenológica de la emoción, que se enfocó sobre la forma en que las emociones modifican nuestra experiencia del mundo que nos rodea, pero principalmente desde su concepto de libertad, del cual argumenta de forma enfática que somos responsables de todo lo que hacemos y de todo lo que somos, y esto incluye nuestras emociones. Por lo tanto Sartre no pudo estar más en desacuerdo con la teoría de William James, según la cual las emociones son en gran parte reacciones instintivas y fisiológicas sobre las cuales no tenemos control. Las emociones dice Sartre citado por Calhoun y Solomon (1984) son “transformaciones mágicas del mundo”, formas voluntarias en que modificamos nuestra conciencia de los sucesos y cosas para tener una visión más agradable del mundo. Así también, generaliza Sartre que nuestras emociones son estrategias que empleamos para evitar la acción, para evitar la responsabilidad, para huir de lo que él nombra libertad.

Gilbert Ryle nace en 1900, construye su teoría en virtud de volver la atención de los filósofos hacia la importancia de la conducta en la emoción. Aunque los psicólogos conductistas anteriores como Watson, habían analizado las emociones en términos de la

conducta, esos análisis pasaron virtualmente inadvertidos en los círculos filosóficos. Sólo hasta que apareció la obra de Ryle se prestó seria atención al papel de la conducta emocional y a la importancia de observar la forma en que usamos los términos que denotan emoción. Ryle contribuyó al desarrollo de un movimiento de sentido común en la filosofía, que a partir de entonces se conoce como filosofía del Lenguaje Ordinario. La filosofía según el autor debe descubrir las formas lógicas de nuestro lenguaje ordinario, o sea, debe examinar cómo se pueden usar términos particulares y cómo no se pueden usar. Así pues, si queremos saber qué es la cólera, no debemos meternos a hacer aproximaciones metafísicas sobre la cólera, sino más bien debemos examinar las condiciones bajo las cuales por lo general es apropiado y significativo decir que alguien está enojado. Ryle aporta a este nuevo enfoque y trató de eliminar aquellos misterios metafísicos que los filósofos del pasado al usar expresiones que confunden y abusan del lenguaje ordinario.

La filosofía de Ryle culminó en su importante libro *El Concepto de la Mente*, que publicó en 1949. Ahí argumenta que anteriormente los teóricos nos han dado una imagen errónea y engañosa de la mente, ellos pesaban que la mente era algo que se encuentra dentro de nosotros, radicalmente cerrada a la visión de la demás gente. Esta imagen de la mente, dio por resultado la creación de numerosos seudoproblemas filosóficos; por ejemplo, el problema de determinar si existen otras mentes y de saber siempre lo que otros están pensando o sintiendo. Ryle intenta, en *El Concepto de la Mente*, eliminar este espíritu totalmente. Por ejemplo, apela a la forma en que usamos los conceptos mentales, como emoción, pensamiento y conocimiento, en el lenguaje ordinario y luego concluye que no usamos estos términos para referirnos a lo que ocurre en el interior de la gente, más bien, usamos los términos mentales para indicar que la gente está dispuesta a portarse en formas predecibles. Así, por ejemplo, cuando decimos que Juan está

enojado, no queremos decir que está experimentando algún sentimiento privado que no podemos ver; más bien queremos decir simplemente que Juan está dispuesto a gritar, sonrojarse, pegarle a la gente, romper cosas, etcétera. Esto significa que no estamos en mejor posición que los demás de saber cuáles son nuestros sentimientos.

Para Ryle, una emoción no es otra cosa que una disposición a portarse en ciertas formas características. Lo mismo puede decirse de los pensamientos, sentimientos, motivos, deseos y otros sucesos mentales.

Uno de los componentes claves de la emoción, de acuerdo con la mayor parte de los teóricos de Europa continental, es la propiedad de la intencionalidad. Pero aunque este concepto haya sido básico para los filósofos del continente, fue tratado con suspicacia por muchos filósofos ingleses y norteamericanos.

Tuvo entonces bastante significado que Anthony Kenny se ocupara del tema de la intencionalidad en su libro *Acción, Emoción y Voluntad*, que fue publicado en 1963. Kenny es también un erudito en filosofía antigua y medieval, y ha escrito extensamente sobre Aristóteles, Descartes y los escolásticos. Estas influencias están claramente representadas en el siguiente análisis de los objetos intencionales, en el que trata de aclarar la naturaleza de la intencionalidad y la naturaleza peculiar de los 'objetos' a los cuales están dirigidas las emociones, lo que descarta postulados que plantean que las emociones parecen estar vinculadas con sus objetos de un modo puramente casual.

Para Kenny las emociones poseen dos tipos de objetos: el objeto material y el objeto formal. Recurriendo a un ejemplo, supongamos que alguien siente miedo ante una tormenta, la tormenta es el objeto material de la emoción del miedo; el objeto formal es la cualidad de lo peligroso, lo temible, lo amenazante que en estos momentos se da en el objeto

material de la tormenta. Mientras el objeto material del miedo puede cambiar cada vez que sentimos esta emoción (se puede temer a una tormenta, pero también a una persona, una situación concreta, etc.) y está determinado por factores socioculturales e históricos; el objeto formal del miedo siempre es el mismo lo peligroso, lo temible o lo amenazante. Según esta tesis cada emoción tiene su objeto formal propio con el que está vinculada de un modo esencial: la emoción a sólo se puede dirigir hacia el objeto A, la emoción b sólo hacia el objeto B. Así el objeto formal del asco es lo asqueroso, el de la vergüenza es lo vergonzoso, el miedo lo temible, etc., y esta relación jamás puede cambiarse. Este vínculo especial de las emociones con sus objetos formales revela que las emociones no son simplemente estados corporales, sino que se dirigen a una determinada suerte de objetos formales con los cuales están en una relación de necesidad. Esta relación viene a conocerse con el nombre de intencionalidad. Una implicación importante de esta tesis de la intencionalidad de las emociones es que hay para las emociones condiciones de verdad. Dado que cada emoción tiene objetos formales que le son apropiados, si una emoción se dirige a un objeto formal que no le es propio, la emoción es inapropiada. Esto sucedería cuando se siente, por ejemplo, miedo de lo vergonzoso o asco de lo temible. Esta tesis realza las semejanzas entre emociones y juicios, ya que estos también tienen condiciones de verdad y pueden ser correctos, verdaderos o falsos, incorrectos, de hecho Kenny afirma que la intencionalidad de las emociones se deriva precisamente de los juicios que ellas tienen por base.

Con esta tesis se diferencia, por un lado, de las posiciones de Brentano y los fenomenólogos que reconocen a las emociones una intencionalidad *sui generis* no derivada de los juicios, y, por otro lado, de las teorías del sentir radicales que obvian a menudo el hecho de que las emociones sean intencionales (los teóricos del sentir actuales sí atienden a este hecho de la intencionalidad).

Robert C. Solomon es otro de los autores que se refieren a la emoción, principalmente expuso su postura en su ensayo Emociones y Elección donde defiende la teoría cognoscitiva de las emociones en que los juicios desempeñan un papel esencial y además donde descarta la emoción como una sensación o como el autor nombra una ocurrencia fisiológica. En su texto Solomon (1894) dice que expresiones como atacadas por los celos, impulsados por su cólera, son metáforas sintomáticas que traicionan un análisis filosófico defectuoso. Opuesto a esto, el autor sugiere que las emociones son racionales e intencionales en vez de irracionales y destructivas, que se parecen mucho a las acciones, y que elegimos emociones como elegimos una línea de conducta, bajo esas premisas el propósito de su ensayo es mostrar que las emociones son muy parecidas a las acciones.

El autor argumenta que se puede tener una emoción sin sentir nada, por ejemplo uno puede estar enojado sin sentirse enojado; puede estar enojado durante tres días o cinco años y no sentir nada que se pueda identificar como un sentimiento de cólera.

Solomon (1894) sobre las emociones y los sentimientos plantea que las emociones típicamente abarcan sentimientos pero los sentimientos no son suficientes para diferenciar e identificar las emociones, y que una emoción nunca es simplemente un sentimiento, ni siquiera un sentimiento más otra cosa. Al no ser sentimientos se plantea que son juicios, a lo que se citara a Calhoun y Solomon (1984):

Si las emociones son juicios y se pueden "debilitar" (y también instigar) por consideraciones de otros juicios, es evidente cómo nuestras emociones son en un sentido obra nuestra, y cómo somos responsables de ellas. Los juicios normativos pueden ellos mismos ser criticados, discutidos y refutados (p.342).

Según lo anterior las emociones son juicios hechos a la ligera, algo que se hace, pero apresuradamente. En consecuencia, la prueba en que una persona se basa para llegar a un

estado emocional generalmente (aunque no necesariamente) es incompleta, y el conocimiento de aquello por lo que la persona se emociona es a menudo superficial (aunque de nuevo no necesariamente). Solomon (1984) plantea que se pueden tomar cualquier número de pasos positivos para cambiar lo que se cree y los juicios que se albergan y lo que se inclina a hacer, además, que las personas pueden obligarse a sí mismos a ser escrupuloso en la búsqueda de pruebas y conocimiento de las circunstancias, al enterarse en la comprensión de los propios prejuicios e influencias, y al colocarse en circunstancias apropiadas; la persona puede determinar los tipos de juicios que esta inclinada a hacer, todo esto anterior plantea el autor, se puede hacer igual con las emociones.

Si se parte de la premisa de que las emociones son juicios o acciones, entonces se puede hacer responsables de ellas, no se puede simplemente tener una emoción o dejar de tener una emoción, pero se puede abrir al argumento, la persuasión y las pruebas. Se puede generar autorreflexión, juzgar las causas y propósitos de nuestras emociones, y también a hacer el juicio de que todo el tiempo se están eligiendo nuestras emociones, lo cual tendría el efecto de debilitarlas. Esto no quiere decir que se opta por una vida sin emociones si no que “es abogar por una concepción de las emociones que deje claro que nosotros las hemos elegido, pensar que nosotros elegimos nuestras emociones es hacer que sean nuestra elección” (Solomon, 1894, p. 342).

El autor hace referencia al control emocional no como aprender a emplear técnicas racionales para someter por la fuerza del deseo o lo que en otras teorías sería el ello, sino más bien a una disposición a darnos cuenta de lo que nos pasa, a descubrir y examinar críticamente los juicios normativos incrustados en cada respuesta emocional. Llegar a creer que

uno tiene este poder es tener ese poder. En conclusión se puede elegir la propia interpretación de una situación y de las propias emociones y ser responsables de ellas.

Para terminar este recorrido por autores que se han referido a las emociones, y en oposición al citado anteriormente se referirá a Cheshire Calhoun que ha escrito extensamente sobre las teorías del sentimiento moral de la emoción y sus repercusiones sobre la ética. En el ensayo de su autoría Emociones Cognoscitivas, reconsidera la teoría cognoscitiva de la emoción y presenta objeciones serias a ella. Según Calhoun (1894) la mayoría de los teóricos cognoscitivos dicen que las creencias, pensamientos o juicios constituyen las emociones, “una teoría causal de que las creencias causan emociones y las emociones, a su vez causan otras creencias. Al cognitivista le gustaría negar las *emociones brutas* que carecen de una fuente inteligible de la creencia.” (p.344) El temor sin una creencia en el peligro no es temor y la interpretación o la forma como se ven las cosas y sus conjuntos cognoscitivos antecedentes constituyen una gran porción de la vida cognoscitiva. Estos últimos, no las creencias, constituyen la emoción, además según la autora las emociones tiene características de involuntariedad y pasividad en contraste con la creencia. Es esa dicotomía entre emoción y razón que puede estar en desacuerdo, incluso cuando las creencias cambian las emociones pueden resistirse al cambio, Calhoun (1894) dice que

“tener una emoción es, en parte, que el mundo parezca estar en cierta forma. Y parece que esa forma es la que permite que una persona sostenga evidencialmente aquellas creencias que la mayoría de los teóricos cognoscitivos quieren ligar conceptualmente a las emociones.” (p.356)

Aunque la perspectiva de la emoción presentada por la autora niega la afirmación cognoscitivista de que las creencias son elementos de la emoción o que lo que se atribuye a la emoción vincula lo que se atribuye a la creencia, de todos modos atribuye un grado de verdad en

estas teorías cognoscitivas ya que plantea que las emociones van de la mano con creencias típicas, pero esto no se debe a que las emociones sean creencias.

Entonces ¿qué se puede inferir de las emociones de una persona? legítimamente que el mundo debe aparecer a sus ojos en cierta forma. Al acrofóbico las alturas le dan vértigo y le parecen peligrosas. A los ojos del celoso, el ser amado parece haber traicionado su amor. Sin embargo, las personas entonces creen que el mundo es lo que parece? Para responder esta pregunta se citará a Calhoun (1894) que plantea:

El mundo frecuentemente no es lo que parece ser, y aunque no podemos impedirle que tenga esa apariencia, podemos abstenernos de darle crédito. Podemos negar el carácter traicionero real de las alturas, negar la traición real del amor a pesar de las apariencias. Por lo que se puede inferir sobre las creencias, es mejor suponer que una persona cree o creería (si reflexionara en su experiencia y en su (conjunto cognoscitivo) en la realidad del mundo que ve. Ésta, empero, es sólo una suposición probable, porque a veces las personas tienen buenas razones -o les parecen buenas a ellas- para rechazar las apariencias. (p. 359)

EVOLUCIÓN Y PANORAMA ACTUAL DE LAS EMOCIONES

Si bien es claro que el intento por comprender las emociones viene desde mucho tiempo atrás, incluso antes de la psicología se han venido desarrollando una gran variedad de modelos teóricos y aun en la actualidad se sigue debatiendo cuál es el origen de las emociones y cuál es la forma en que se da el proceso. Pero según Choliz (1995) no fue sino a partir de lo descrito por Darwin en el siglo XIX en su libro titulado *La expresión de las emociones en el hombre y en los animales* donde comenzó a abordar el tema de las emociones llegando a definir

y clasificar las mismas de forma detallada e identificando a la vez varias emociones presentes tanto en animales como en humanos como la pena, alegría, devoción, resentimiento, odio, cólera, desprecio, asco, culpabilidad, sorpresa, miedo, horror, vergüenza, entre otras y cuya aparición se puede manifestar a través del cuerpo.

Choliz (2009) dice que las emociones están presentes porque son útiles para el sujeto de alguna manera, permitiendo a este ser efectivo en el momento de entablar relaciones, comportándose adecuadamente sin ser consecuencia de las reacciones placenteras que estas pueden causar. Más adelante citando a Reeve atribuye a las emociones tres funciones principales a nivel del ser humano: la función adaptativa, la función social y la función motivacional. En primer lugar se encuentran las funciones adaptativas, las cuales tendrían uno de los papeles más importantes puesto que es la encargada de dar al organismo la orden de prepararse para que la conducta ejecutada sea la adecuada según las condiciones del ambiente, dar dirección a la conducta o hacer el correcto uso de la energía. Esta función es regida a la vez por tres principios fundamentales que son: hábitos útiles asociados (expresión de emociones con valores adaptativos), antítesis (reacciones emocionales y conductas opuestas a las requeridas por la situación) y acción directa del sistema nervioso (por cambios en el sistema nervioso).

En segundo lugar están las funciones sociales, las cuales ponen pauta a la forma en que cada persona se expresa y además tiene relevancia como predictor del comportamiento asociado con las emociones, lo cual sirve de apoyo en las relaciones interpersonales. Adicional a esto, el control de emociones también tiene relevancia en la función social dado que este proceso inicialmente adaptativo es necesario para no alterar o afectar las relaciones con los otros.

Finalmente, la función motivacional, la cual también conserva una relación muy estrecha con las emociones puesto que de ella se originan la dirección y la intensidad de la

conducta motivada: por un lado, la dirección de la conducta se da en torno a generar acercamiento o evitación del objeto, mientras que en la conducta motivada se producen reacciones emocionales; y por otro lado, la intensidad hace referencia a la carga de emoción con la que se genera una conducta.

Emoción y Sentimiento

Damasio (2000) también propone en términos explicativos en su libro *Sentir lo que Sucede* “que el término *sentimiento* se reserve a la experiencia privada y mental de una emoción, en tanto que la voz *emoción* se use para designar una colección de respuestas, muchas de las cuales son públicamente observables” (p.58). Ahora bien, para hablar de emociones corresponde también preguntarse por los sentimientos, para Damasio (2000) una emoción siempre hace referencia a una colección de respuestas conscientes e inconscientes y los sentimientos se refieren a los resultados de esas respuestas a las acciones desde la experiencia privada y mental del sujeto, por lo que son funciones necesariamente relacionadas, pero divide el procesamiento de los sentimientos en tres partes como proceso continuo:

“*estado de emoción*, que puede ser desencadenado y ejecutado de un modo no consciente; *estado de sentimiento*, capaz de ser representado no conscientemente, y *estado de sentimiento hecho consciente*, esto es, conocido por el organismo que experimenta emoción y sentimiento” (p.52).

Siendo este último el componente por el que se busca la supervivencia del organismo y el que genera una representación del cuerpo.

Con base en lo planteado anteriormente y partiendo de la teoría de Damasio se trabajará el sentimiento y la emoción de forma conjunta dada su continua relación y la

importancia de una para que se manifieste la otra, ya que una emoción genera acciones y estas acciones producen sentimientos.

Tipos de emoción, componentes y teorías representativas

En materia de emociones corresponde abordarlas de manera clara a fin de identificar las consideradas “básicas” o “primarias” (alegría, tristeza, miedo, ira, sorpresa, aceptación, esperanza y repugnancia) y estas a su vez se dividen en otra gran cantidad de emociones denominadas “secundarias” o “sociales” (vergüenza, celos, culpa, orgullo, entre otras) y las emociones “de fondo” detectables por detalles sutiles (bienestar, malestar, calma, tensión); las emociones primarias están vinculadas de forma muy directa con la supervivencia y así mismo con el estado de sentimiento consciente, entre sus principales características están: los elementos comunes por los que se pueden identificar las emociones fácilmente en personas de diferentes culturas, la posibilidad de que estas emociones básicas pueden ser observadas en algunos otros animales y por último la rapidez con que surgen aun antes de que se hagan conscientes (Gross, 2004).

Con respecto a la emoción se distinguen además tres componentes que relacionan todo un sistema de respuesta con procesos y estructuras neuronales que al integrarse pueden derivar en unas emociones u otras, en primer lugar está la experiencia subjetiva que cada persona tiene en relación a un estímulo evocador; en segundo lugar están los cambios fisiológicos, en los cuales se ven implicados sistemas internos sobre los cuales casi no se puede tener control, siendo estos el sistema nervioso autónomo (SNA) y el sistema endocrino; y en tercer lugar la conducta, la cual se presenta asociada a una reacción emocional en particular como sonreír o llorar (Gross, 2004).

Al hablar de las teorías de las emociones que interactúan en el juicio moral se hace evidente la representación que han tenido las teorías cognitivas, muchas de las cuales conservan una fuerte relación en la explicación del proceso que atraviesa una emoción antes de hacerse evidente. Desde la fisiología se concibe la emoción como una forma de percepción externa, de ahí que la teoría James - Lange (1884) proponga que después de la percepción de un estímulo se generan las respuestas fisiológicas y motoras que son las que producen las respuestas emocionales. Según esta teoría cada reacción fisiológica posee un patrón, lo que lleva siempre a una reacción afectiva similar.

Por su parte, la teoría Cannon y Bard aborda la emoción desde una perspectiva más neurológica, indicando que las emociones son formadas tanto por las respuestas fisiológicas como por la experiencia subjetiva ante un estímulo, cada una de forma independiente, siendo entonces las emociones producidas a partir de un acontecimiento cognitivo (i.e. tengo miedo porque sé que el otro es peligroso). En 1962 Schachter y Singer desarrollaron la teoría de la activación cognitiva o de los dos factores, según la cual la emoción es consecuencia de la evaluación cognitiva (Factor 1) del acontecimiento que se vive y de la respuesta corporal (Factor 2). Cuando la persona nota los cambios fisiológicos advierte lo que ocurre a su alrededor y denomina las emociones según lo que observa (i.e. siento mi corazón agitado y sé que el sentimiento es miedo).

La teoría de la evaluación cognitiva más representativa es la expuesta por Lazarus, es esencial cierto grado de procesamiento cognitivo para que pueda ocurrir una reacción afectiva ante un estímulo pero aun así ambos operan como sistemas independientes. Lazarus propone que la evaluación cognitiva precede cualquier relación afectiva que no siempre implica un procesamiento consciente (Gross, 2004). Sin embargo, para Damasio (1997) las emociones no

nacen, sino que son parte de un sistema automatizado que nos permite reaccionar ante el mundo, siendo parte del equipo básico con el que se nace, por lo que no se aprenden, lo que sí se aprende a hacer (desde muy temprano) es a asociar emociones y sus correspondientes sentimientos con ciertos objetos o eventos (i.e. puedo aprender que una persona me causa miedo). Esta conexión entre el objeto y la emoción da origen a un sentimiento.

El papel de las emociones en la vida cotidiana

La pregunta por las emociones suele hacer que las personas comiencen a describir las suyas propias aunque desconozcan el porqué de estas, sin embargo, Damasio (2000) inicia su investigación al no entender cómo se daba el proceso entre sentir las emociones y conocer en esencia el sentimiento, y a través de sus trabajos va a profundizar sobre los procesos tanto mentales como neurales que están implicados en la aparición de las emociones y los distintos y momentos que se ligan a la emoción, sin embargo, antes de que aparezca la emoción ya hay una variedad de procesos que se originan en el organismo y que son fundamentales para que la emoción se lleve a cabo siendo la conciencia en particular un proceso neural complejo desde donde se inicia con el proceso de la emoción puesto que el organismo que experimenta las emociones debe de identificar las señales que producen la percepción de un sentimiento y así interpretar lo que ha pasado en el mismo, además de que el cerebro reconoce que las emociones pertenecen al mismo organismo.

Complementando la idea anterior cabe anotar que la emoción no necesita ser consciente para estar presente en el sujeto, pues puede darse por el despliegue de algunos procesos biológicos pero aun así la emoción se puede procesar en tres distintos momentos a lo largo de un continuo según Damasio (2010), estos son:

“estado de emoción, que puede ser desencadenado y ejecutado de un modo no consciente; estado de sentimiento, capaz de ser representado no conscientemente, y estado de sentimiento hecho consciente, esto es, conocido por el organismo que experimenta emoción y sentimiento”. (p25).

Aun así, para que dichos procesos emocionales puedan tener una influencia en el momento, tiene que estar presente la conciencia.

Así mismo el proceso que atraviesa una emoción básica hasta convertirse en un sentimiento se puede dar con una diferencia de tiempo imperceptible para las personas; muchas veces pueden presentarse dudas sobre qué tan adaptativo puede ser que este proceso se dé de forma tan simultánea en una persona. Si se analiza bajo la idea de que las decisiones se toman en estados de poca actividad emocional, podría suponer una dificultad para la toma de decisiones; sin embargo, actualmente hay mucha evidencia que apunta a que las decisiones tomadas bajo la influencia de las emociones pueden ser mucho más racionales. Esto conduce nuevamente a centrar la atención en la función adaptativa de las emociones que apunta a la supervivencia, si se presta especial interés a las emociones se logra entender que estas pueden producir conductas bastante razonables tanto en personas como en animales mucho menos complejos.

Las emociones pueden ocurrir según Damasio (2000) en dos circunstancias, la primera forma se da cuando la información de interés o que procesamos ingresa a través de los sentidos, visión, olfato y tacto. La segunda forma puede darse cuando a partir de los recuerdos se evocan circunstancias, objetos, personas que se presentan mediante imágenes. Las emociones tienen la capacidad de estar vinculados con algunas circunstancias más que con otras, esto depende en cierta medida del valor que le demos a la situación evocadora, si bien se puede conservar la relación entre la emoción y la función adaptativa que viene desde lo biológico, actualmente se considera que las emociones se van desarrollando en el proceso de maduración de

la persona en respuesta a experiencias previas negativas o de displacer que no tienen que ver con asuntos de supervivencia como las que se nombraron anteriormente y que, pudiendo parecer experiencias neutras, contienen información a la que se le ha atribuido una carga emocional. Esta capacidad de generar emociones a partir de condiciones ajenas a la supervivencia se ha convertido en una forma de vivir muy natural puesto que la mayoría de objetos o estímulos generan emociones pero en niveles muy bajos por lo que no irrumpen en la cotidianidad de las personas mientras que anteriormente se originaban de forma más intensa y ante situaciones de amenaza. Las respuestas emocionales se presentan de forma variada, por un lado están las respuestas identificables en la misma persona o en los otros (i.e. sudor, temblor, enrojecimiento del rostro), y por otro lado están las respuestas que son invisibles puesto que ocurren al interior del cuerpo (i.e. producción de sustancias químicas).

Damasio (2000) aborda los sistemas cerebrales en relación con respuestas emocionales desde el marco de la neuropsicología de las emociones: en primer lugar, el cerebro induce emociones a partir de un número notablemente reducido de sitios; la mayoría se sitúa debajo de la corteza cerebral y se denomina subcortical. En segundo lugar, estos sitios procesan diferentes emociones en grados variables. Y por último, algunos de estos sitios también colaboran en el reconocimiento de estímulos que traducen ciertas emociones.

CAPÍTULO II

LAS EMOCIONES MORALES

Si bien muchos autores como Mark Coulson (2004), Paul Ekman (1993), Cindy Meston (1999), entre otros, han demostrado y reconocido que existen patrones universales para la expresión facial de ciertas emociones básicas, por otro lado, Fridja (1996) ha afirmado que la expresión de las emociones puede ser variable dependiendo de las costumbres, normas, valores y creencias sociales que determinado grupo social atribuye a ciertos objetos y situaciones.

Sin embargo, lo dicho por unos y otros autores no es necesariamente contradictorio, tal como lo señalan Mercadillo, Díaz y Barrios. (2007), hay registro de la existencia por un lado, de unas emociones que son básicas y generales para la especie humana y que se manifiestan o aparecen ante estímulos muy similares y sus expresiones y gestos son muy parecidos entre todos los humanos, estas emociones son compartidas también con otras especies animales. Por otro lado, están las llamadas emociones morales, las cuales dependen o están determinadas por la cultura y las dinámicas sociales y por lo tanto, la experiencia subjetiva y la expresión motora están dadas en función de intereses, o del bienestar de la sociedad en su conjunto, o de otras personas diferentes a quien experimenta la emoción.

Sin negar los condicionamientos biológicos, Rodríguez (2008) afirma que las emociones están fuertemente influidas por los sistemas de creencias culturales y morales, y que por ello, las emociones están ligadas al orden social, es decir, al deber ser y al deber hacer en una sociedad específica, puesto que las emociones son fenómenos socialmente contruidos dentro de un contexto normativo y cultural definidos. De esta manera, las emociones implican patrones

socioculturales determinados por la experiencia que se manifiestan en situaciones sociales específicas. Tienen sus propias reglas, y no cumplirlas puede dar lugar a situaciones conflictivas.

Por esta razón, Hoschild (2000), citado en Rodríguez (2008), demuestra que la aproximación cultural normativa, estudiada por la sociología de las emociones, explica que el contexto social implica al ser humano expectativas para experimentar y expresar emociones apropiadas de una manera pública o visible. Además, la expresión de estas emociones ocurre en contextos donde las normas son claras y aceptadas por los miembros de la comunidad y estas están de manera implícitas o explícitas. En los casos en que el individuo desee manifestar de forma pública sus emociones, pero no puede, busca maneras o estrategias de manejarlas para aliviar esa tensión.

Rodríguez (2008), también expone que la expresión o demanda de emociones morales, como la culpa o la vergüenza, o de emociones básicas, como la alegría o la tristeza, por poner un ejemplo, están ancladas a definiciones culturales que establecen lo que es bueno o malo, correcto o incorrecto, digno o indigno, deseable o indeseable de acuerdo a las categorías sociales establecidas en una comunidad y en relación con sus implicaciones para las metas que tiene una persona o grupo.

En el mismo sentido, Baum (2011) añade que las emociones morales se pueden diferenciar también de las emociones básicas que compartimos con otras especies animales no humanas por su contenido cognitivo evaluativo, dado que las emociones morales actúan como guías de lo que es o no bueno para quien experimenta dicha emoción. Así, por ejemplo, ante una determinada situación que amenace la vida, un ser humano puede reaccionar como lo haría cualquier otro animal, es decir, puede enfrentarse, resistir o huir; sin embargo, en nuestra especie se añaden, o sobresalen otros estados al del simple miedo o temor, que siguiendo con el ejemplo,

sería la indignación, emoción con contenido moral y que, por lo tanto, no sería experimentada por animales de cualquier otra especie.

Con respecto a lo anterior, Nussbaum (2003) considera también en su propuesta cognitivo-evaluadora de las emociones, que en los seres humanos, las emociones son cognitivas, es decir, están impregnadas de inteligencia y discernimiento sobre los objetos, situaciones o personas que nos rodean; y, además, son evaluadoras, porque estiman la calidad o importancia de dicho objeto, situación o persona. De ahí que los elementos cognitivos que están presentes en la emoción permiten a las personas modular su contenido y estar influenciadas por las construcciones sociales. Nussbaum (2004) continúa exponiendo que sólo tenemos emociones sobre lo que realmente consideramos importante o significativo en nuestros ideales, metas y proyectos, así que las emociones no carecen de pensamiento, sino al contrario, constituyen respuestas inteligentes ancladas a los eventos del mundo, a los valores y a las metas de las personas.

Así mismo, Rodríguez (2008) recogiendo la idea de Nussbaum indica que debido a que las emociones están relacionadas con el pensamiento, pueden ser objeto para la reflexión crítica y la evaluación moral, y con frecuencia, se juzga si una situación es exagerada, minimizada, apropiada, inapropiada o irrelevante. Del mismo modo, Rodríguez (2008) cita a Ortony, Clore y Collins (1988) para afirmar que sin duda, cuando valoramos las emociones relatadas o expresadas por los demás, evaluamos si son apropiadas o inapropiadas, o justificables o injustificables, no si son verdaderas o falsas, y dichas evaluaciones están basadas indudablemente en nuestras propias intuiciones acerca de las condiciones en las que pueden surgir, y surgen normalmente.

Dicho todo lo anterior, Rodríguez (2012) aclara que la teoría cognitivo-evaluadora de Nussbaum no afirma que las emociones se deban al resultado de operaciones de cálculo, pues la autora considera que las emociones son el resultado del estado de apertura del ser humano hacia lo que considera valioso, eventos que han tenido lugar y que no han tenido lugar, así como sobre quién los ha causado y no están bajo su completo control, ya que al experimentar una emoción, el ser humano se abre al valor de cosas que existen fuera de sí mismo. Esta aclaración es fundamental a la hora de abordar la concepción del razonamiento que desarrolla Nussbaum, pues reducir las emociones al cálculo de intereses o al análisis de costo-beneficio de los objetos que son de valor para los humanos desestimaría por un lado, la vulnerabilidad constitutiva de los seres humanos, y por otro lado, el valor real que puedan tener los objetos por sí mismos, dado que el mismo objeto puede provocar diversas emociones básicas o morales en la misma persona o diferentes personas de una misma comunidad según las creencias que se posean acerca del mismo.

Arango (2008), explica lo anterior al exponer que las emociones morales deben ser entendidas como juicios y no como hechos, debido a que las emociones morales no son reductibles a meras reacciones causales del cuerpo, sino que involucran una actividad intelectual además de la afectación sensorial. De este modo, las emociones morales pueden ser concebidas como juicios cognitivos que le permiten al ser humano representar y reconstruir el mundo de acuerdo a las valoraciones que hagamos de éste, y no como un mero estado mental o disposición del sujeto. En consecuencia, Rodríguez (2008) citando a Elster (1999), añade que las emociones morales presuponen cognición porque presuponen intencionalidad.

Así, estas emociones complejas son el resultado, según Haidt (2003) de la percepción que tiene una persona o una sociedad de la existencia de violaciones morales

implícitas o explícitas o de la existencia de oportunidades en el mundo. Dichas percepciones motivan el comportamiento moral, que a su vez, está determinado por factores culturales y expectativas socialmente aceptadas y esperadas y que participan en su manifestación para evitar el sufrimiento o conceder satisfacción. Por ello, además de los estímulos activadores de las emociones morales, éstas están caracterizadas por una tendencia al refuerzo social, es decir, condicionan a las personas individual o socialmente a dirigir su comportamiento hacia el restablecimiento de la norma o valor moral que se percibieron quebrantados.

En el mismo sentido de lo anterior, Tilley (2004), citado por Mercadillo et al. (2007) en su Teoría del agente moral relativo, sugiere que un acto moral o una acción que puede evaluarse de buena o mala es valorada partir de una motivación personal, es decir, que dicha valoración está motivada a partir de un aprendizaje social y de experiencias personales del agente o individuo que emite la valoración.

Si bien las emociones ayudan a tomar decisiones en función de no ser penalizados por el ambiente exterior, en ocasiones las emociones no conducen hacia resultados adaptativos, y en concordancia con Kagan y Martínez (2015), por ejemplo, se indica que lo que diferencia a una emoción moral de una emoción básica es que la emoción moral configura la propia identidad, ya que la emoción moral permite que en el esquema de fines de la persona tengan primacía las relaciones con las demás personas de acuerdo al valor que esta les dé según sus experiencias, en contraste con priorizar el hecho de cumplir con las expectativas sociales, dado que las acciones que tengan como objetivo el apoyo o daño hacia uno mismo, de uno mismo hacia los demás o de los demás hacia otros es susceptible de una respuesta moral.

A razón de lo expuesto, las emociones y específicamente las emociones morales son un tema cuyo estudio involucra diversas áreas disciplinares, tales como la ética, la filosofía,

la psicología, las neurociencia, incluso el derecho y la religión. Como señalan Mercadillo et al. (2007) citando a Kagan (2005), las emociones morales deben ser entendidas y discutidas bajo el concepto de moralidad, el cual está referido a fenómenos psicosociales con un alto nivel de complejidad y que abarca la inhibición de actos punitivos, la representación de acciones prohibidas, la presencia de emociones como la empatía, la vergüenza y la culpa, la consideración de conceptos como bueno, malo y justicia, y la aceptación de la existencia de diversas obligaciones sociales.

Haidt (2003) propone dos rasgos prototípicos de una emoción moral, uno es el incitador desinteresado y el otro se refiere a las tendencias de acción prosociales. El primer rasgo, se refiere a las emociones que se producen principalmente cuando las cosas buenas o malas le suceden a uno mismo, también pueden ocurrir cuando las cosas buenas o malas le suceden a otra persona, pero tales reacciones parecen requerir que la persona esté íntimamente relacionada o se identifique con el otro. Cuanto más una emoción tienda a ser activada por inductores desinteresados, más se puede considerar una emoción moral prototípica. En el segundo rasgo, las emociones motivan a algún tipo de acción como respuesta al evento que las provocó y pone a la persona en un estado motivacional y cognitivo en los que hay una mayor tendencia a realizar ciertas acciones relacionadas con las metas.

Familias de emociones morales

Si bien no hay una división clara entre las emociones morales y las emociones no morales, porque cada emoción y sus muchas variantes pueden participar en mayor o menor grado en cada una de los dos rasgos mencionados anteriormente, que hacen que una emoción sea en determinada situación una emoción moral, Haidt formula cuatro familias de emociones morales,

que serían las referentes a la condena, la autoconciencia, las relativas al sufrimiento ajeno y las de admiración.

Haidt (2003) señala que entre las emociones morales de condena pertenecientes a la primera familia, se encuentran generalmente el desprecio, la ira, y asco (*Contempt, Anger, and Disgust*). Esta tríada se presenta como respuesta ante las violaciones de los códigos morales de Shweder (1991), llamados respectivamente, la ética de la comunidad, ética de la autonomía y ética de la divinidad o pureza física. El desprecio, la ira y el asco, por tanto, actúan como guardianes del orden moral motivando a la gente a cambiar sus relaciones con los infractores morales bien sea con conductas egoístas o antisociales o con conductas prosociales, sin embargo, sólo la ira motiva a la acción directa, siendo la emoción moral más prototípica de los tres.

En la segunda familia, la de emociones morales de autoconciencia, incluyen la vergüenza, el pudor y la culpa (*Shame, Embarrassment, and Guilt*). Son suscitadas cuando una persona reconoce que ha transgredido una norma o valor social. Sus tendencias a la acción en general hacen que la gente se ajuste a las normas y mantenga el orden social a través de la reducción de la presencia social por parte del sujeto que experimenta la emoción o justificando y disculpando su acción. En el caso de la culpa, por ejemplo, el sujeto que ha cometido la transgresión percibe que ésta ha causado o ha podido causar daño a otros, haciendo que la culpa sea la única emoción de las tres que motiva el comportamiento de ayuda directa.

En tercer lugar, la familia de las emociones morales relativas al sufrimiento ajeno incluyen principalmente dos grandes constructos, la angustia por la aflicción del otro y la simpatía / compasión (*distress at another's distress, sympathy/compassion*), aunque según Hoffman (1982), citado por Haidt (2003), la angustia por la aflicción del otro no es considerada realmente como una emoción por carecer de unos patrones fisiológicos, expresión facial o

tendencia a la acción distintivos, diferentes de las características generales de la angustia, y sugiere que la angustia sea más bien considerado como un precursor de la simpatía / compasión. En términos generales, la compasión sería la emoción moral perteneciente a este grupo y estaría antecedida por el primero de los constructos mencionados, es decir, la angustia. Consecuentemente, la compasión es provocada por la percepción de sufrimiento o dolor en otra persona y provoca el deseo de aliviar el sufrimiento percibido, lo que suele condicionar comportamientos altruistas hacia la víctima.

A diferencia de las emociones morales antes expuestas, las emociones morales de la cuarta familia propuesta por Haidt (2003), que pueden ser suscitadas ante la admiración no son respuestas ante las malas acciones realizadas por otros o por sí mismos, son emociones relacionadas a la sensibilidad de percibir algo o a alguien considerado bueno o moralmente ejemplar. Así, este grupo incluye la gratitud y la admiración y devoción (*Gratitude, Awe and Elevation*). La gratitud y admiración motivan el comportamiento pro social directo y permiten la constitución de relaciones y habilidades sociales cohesivas, además, promueven ciertas virtudes o comportamientos definidos por la caridad, la lealtad o el auto-sacrificio. Puesto que la gratitud está más dada por el propio interés e implica el pago de deudas propias y que los inductores de la admiración son más desinteresados, la admiración es sin duda, la emoción moral más prototípica de este grupo.

TOMA DE DECISIONES MORALES

La toma de decisiones es definida como el proceso en el cual se escoge una acción, una palabra o una frase o una combinación de todo lo anterior ante múltiples opciones, en

una situación determinada durante un momento dado (Damasio, 1996). Tversky y Kahneman (1984) proponen una clasificación de las decisiones de acuerdo a si implican riesgo o no. Las decisiones sin riesgo son aquellas que se toman conociendo de antemano cuáles serán los resultados que se obtendrán. Las decisiones bajo riesgo por su parte, se hacen sin previo conocimiento de las consecuencias, dado que las acciones que se llevan a cabo en ellas dependen de eventos inciertos. La toma de decisión moral implica la consideración de alternativas y la evaluación de los pros y los contras de sus posibles consecuencias para el mismo y para los demás, con la característica que genera en quien decide un conflicto para elegir entre asuntos nombrados buenos o malos en un contexto y que pongan en juego principios y valores.

Hay unos modelos que se identifican como los principales en la teorización de la toma de decisiones, modelos que aunque no todos son precisamente desde la psicología, influenciaron el campo con acogimiento y oposiciones que permitieron ir transformando la teorización.

Adam Smith: Modelo de elección racional

Con la llegada de las teorías económicas, la razón fue abstraída de la filosofía para tomar especial relevancia en la disciplina económica, que buscaba establecer las bases teóricas del comportamiento de los individuos en la esfera comercial. La racionalidad económica se convierte en la piedra angular que lleva los individuos a actuar, por lo que en la primera mitad del siglo XX las búsquedas teóricas iban en torno a dos premisas principalmente: primero que el hombre siempre actúa para procurarse un placer o para evitar un dolor; y segundo que el funcionamiento de lo humano se explica por la acción de fuerzas que ligan una idea con otra (Martínez, 2002). Adam Smith desarrollo estas premisas, ya que en el año 1773 fue el fundador

de la teoría económica y el modelo de elección racional, además de sus planteamientos sobre el deber moral, donde plantea que “nuestras acciones están guiadas por el juicio que los demás emiten sobre nuestras acciones, ya que la simpatía que sentimos hacia los demás nos lleva a aceptar su juicio.” (Denis, 1070, p.157) De esta manera el lugar que ocupaba el bien supremo como fundamento del obrar en beneficio de los demás, será resuelto por Smith al plantear que el egoísmo nace el obrar bien, al pretender llenar un sentimiento de placer que causa el buen juicio de la sociedad. Con eso Smith tiene las bases de una teoría en la cual los individuos obran en su beneficio, pero que en ocasiones lo harán en beneficio de los demás, de forma altruista para satisfacer quizás, en otra perspectiva de tipo emocional el propio egoísmo.

La versión de la teoría de la elección racional de Adam Smith, contemplaba que los negocios privados, buscando sus propios intereses, ya que a pesar de considerar las consecuencias para ellos mismos sin tener en cuenta los efectos de su accionar de manera consciente y producir para maximizar sus ganancias, incrementaban la riqueza de la sociedad. Así incorporó con su teoría la idea de la integración funcional, que en un libre mercado, la sociedad funciona como un todo, engranada sólo por las fuerzas del mercado y que como un todo funciona para el bien común. (Martínez, 2002)

Goenaga (2016) expone los planteamientos de Edwards, 1954 y Simon, 1956 que exponen que en 1955 la investigación psicológica propuso que, a diferencia de lo descrito por el modelo de elección racional, la toma de decisiones es basada en una racionalidad limitada, lo que para la psicología genera un cambio del modelo de Elección Racional al modelo de Racionalidad Limitada.

Herbert Simon: Modelo de racionalidad limitada

A diferencia de la teoría económica clásica, el modelo de la racionalidad limitada sostiene que “el individuo frente a la imposibilidad de conocer todas las alternativas posibles, cuando encuentra una alternativa que se ajusta a su apreciación previa, se queda con esta” (Archiles, 2008 p. 21) es decir el individuo en vez de maximizar, busca más bien un nivel de satisfacción en vez de optimizar. Esto no significa que el hombre sea irracional, simplemente que en el contexto complejo donde se realiza el proceso cognitivo el individuo toma la mejor alternativa que puede, que es muy lejana a la alternativa óptima. Según Archiles (2008), Simon experimentó que apenas introducía pequeñas complicaciones en una situación de elección la conducta de los individuos se alejaba notoriamente de la conducta que predice la utilidad. Este autor afirma que la gente ni siquiera se comporta como si fuera racional, que es el argumento que ocupan muchos economistas para seguir respaldando la utilidad esperada, no es ni siquiera una mala aproximación del comportamiento de las empresas que uno podría pensar que tiende a ser más racional en la medida que los tomadores de decisiones son profesionales preparados para tomar elecciones óptimas.

Herbert Simon propuso entonces que el hombre no era un ser completamente racional, sino que por el contrario, su racionalidad está limitada. Para Simon la racionalidad es la capacidad de adaptar correctamente la conducta para alcanzar un objetivo sin mayor exceso de tiempo o esfuerzo. Martínez (2002) plantea que Simon proponía que si bien en los entornos simples el hombre se podría desenvolver de manera racional para alcanzar sus propósitos, a medida que el medio se complejiza los seres humanos se encuentran con diferentes factores que restringen la racionalidad, tales como el contexto cambiante donde se toman decisiones, las capacidades limitadas de atención y memoria, los procesos homeostáticos tales como la falta de

energía y de nutrientes, las limitaciones perceptuales que comprometen la comprensión del entorno y de todas las opciones entre las cuales se va a elegir, las emociones, la motivación, el conocimiento limitado, la capacidad reducida para prever las convergencias.

Neuman y Morgenstem- Kahneman y Tversky: Modelos normativos y descriptivos de la toma de decisiones

Según Pascale y Pascale (2007) algunos años después de Simon, en 1973, Kahneman y Amos Tversky, comienzan a desarrollar un modelo que complemente el trabajo de Simon. Los modelos Descriptivos y Normativos de Von Neuman y Morgenstern (1944) y de Kahneman y Tversky (1979) tienen unas características; que tomaremos según los planteamiento de León (1987) en donde los modelos normativos son aquellos que fundamentalmente se propusieran construir algoritmos que optimizasen las decisiones de los humanos, independientemente de cómo estos las realicen espontáneamente, mientras que serían modelos descriptivos aquellos que se propusiesen explicar cómo los seres humanos toman las decisiones, independientemente de si estas decisiones son o no óptimas. Complementario a lo anterior, los trabajos normativos estarían interesados principalmente por un análisis formal de la tarea; en este análisis se fundamentará el cuerpo axiomático del modelo. Los trabajos descriptivos, además del análisis formal de la tarea, estarían interesados primordialmente en la representación que el sujeto se hace de la tarea, ya que esta representación no es necesariamente isomórfica y además sobre esta representación es sobre la que el sujeto elabora su elección. Otra característica de los modelos es la forma implícita de razonamiento del decisor en los modelos formales viene explicada por la lógica formal, es decir, la lógica que utilizan las matemáticas para deducir de un conjunto de axiomas una regla de preferencia, las aproximaciones descriptivas, siguiendo en el

comportamiento real de razonamiento de los sujetos, incorporan aquellos sesgos y heurísticos de los que se tiene evidencia que conforman el razonamiento humano y que desde luego no se ajustan a los patrones de la lógica formal. Por último, en los modelos más matemáticos, la experimentación se utiliza una vez que se ha completado la teoría y se disponen de predicciones directamente contrastables con la realidad, mientras que los datos empíricos, durante el proceso de elaboración del modelo, solo sirven para inferir que axiomas pueden ser más viables. Las aproximaciones más psicológicas utilizan la experimentación para inducir cuales deberían ser los parámetros y cual su aportación en el modelo.

Teoría de la Utilidad Esperada (TUE)

En esta teoría se introducen preferencias subjetivas de las personas con respecto al riesgo y a la utilidad y propone algunos principios que sostienen la teoría, tales como ordenamiento, continuidad e independencia. Las preferencias de los sujetos satisfacen un conjunto de axiomas, entonces la conducta racional puede establecerse como la maximización de la utilidad esperada. Esta utilidad es asignada por medio de una función esperada cuya existencia es asignada por medio de una función real, cuya existencia demuestra directamente del cumplimiento de los axiomas.

Neumann y Morgenstern citados por León (1987), definen la función de la utilidad esperada como la suma de la utilidad de cada resultado multiplicada por su probabilidad. Si las preferencias de un individuo satisfacen ciertos axiomas básicos de la conducta racional podría decirse que su elección maximiza la utilidad esperada.

León (1987) expone que aplicando estos axiomas los sujetos ordenan las alternativas y, de esta manera, pueden maximizar la utilidad de cada una de ellas (incluso en una

elección única). El principio general del modelo es que la utilidad esperada de una alternativa es la suma de la utilidad de cada uno de sus resultados multiplicados por su probabilidad de ocurrencia. Es decir, la utilidad global de una alternativa está determinada por la utilidad de sus componentes.

Según Goenaga (2016) en 1979 Kahneman y Tversky a partir del estudio de los modelos normativos y descriptivos, formulan un nuevo modelo como alternativa al modelo de la utilidad esperada, el cual denominan teoría prospectiva, desarrollada en un contexto experimental y de fuerte impacto en lo que hoy se conoce como la economía conductual (Kahneman, 2003).

Teoría de la perspectiva

Esta teoría fue desarrollada por Kahneman y Tversky (1979) tratando de formular un modelo alternativo a la teoría de la utilidad esperada, que pudiera incorporar en sus predicciones algunas de las situaciones conocidas en que las suposiciones de la teoría clásica eran violadas. Esta teoría considera aspectos como el marco o perspectiva de la persona y las manipulaciones contextuales. Según León (1987), en el proceso de elección se distinguen dos fases.

La fase uno se hace una revisión preliminar de las alternativas ofrecidas, que dará lugar a una representación más sencilla de las alternativas. En esta fase se aplican varias operaciones que transforman los resultados y las probabilidades como: Codificación, que se realiza en términos de ganancias o pérdidas y es influida por la formulación del problema y las expectativas de la persona. Otras de las operaciones son; la combinación de las probabilidades asociadas a resultados idénticos, la segregación de los aspectos ciertos y los que mantienen el

riesgo, cancelación de los componentes compartidos por todas las alternativas y la simplificación que redondea o elimina las alternativas muy poco probables.

En la Fase dos, se hace una evaluación de las alternativas, que dará lugar a la elección de la alternativa con valor más alto. Estará en función de la probabilidad en el valor final y del valor subjetivo del resultado. En esta fase las estimaciones en el valor de una alternativa, son cambios en riqueza o en bienestar, en lugar de estados finales. Así, el valor podría ser tratado en función de punto de referencia. O en magnitud del cambio positiva o negativa desde el punto de referencia. Con las dos funciones que incorpora esta fase, se puede asumir que en ocasiones el punto de referencia sobre ganancias o pérdidas dependa de las expectativas de la persona. Cuando se gana menos de lo esperado la ganancia puede percibirse como una pérdida. Además, se puede describir el efecto de algunas variables que también afectan a las elecciones, como las normas sociales, la prudencia o la importancia de la seguridad.

Stanovich y West: Sistema 1 (Intuitivo) y sistema 2 (racional)

Recientemente, la diferencia entre la intuición y el razonamiento ha sido un tema de considerable interés para los psicólogos. Existe un acuerdo sustancial respecto a las características que diferencian a los dos tipos de procesos cognitivos, para lo que Stanovich y West (2000) propusieron los rótulos neutrales de Sistema 1 y Sistema 2. Refiriendo a Kahneman (2003), las operaciones del Sistema 1 son rápidas, automáticas, sin esfuerzo, asociativas, y a menudo están cargadas emocionalmente; además, vienen determinadas por la costumbre y consecuentemente son difíciles de controlar o modificar. Las operaciones del sistema 2 son más lentas, consecutivas, requieren un gran esfuerzo y están controladas de forma deliberada; son también relativamente flexibles y, potencialmente, vienen determinadas por reglas. Según García

(2009) otra diferencia entre el sistema 1 y el sistema 2 es que el sistema 1 hace posibles las metas genéticas, mientras que el sistema 2 hace posible una jerarquía flexible de fines que están orientados a maximizar la satisfacción de metas al nivel del organismo en general.

García (2009) plantea que muchos filósofos consideran que parte del debate actual sobre la racionalidad no puede ignorar algunos de los resultados empíricos, principalmente aquellos provenientes de la psicología cognitiva del razonamiento. Estos resultados surgen a mediados de la década de los 70 cuando Daniel Kahneman, Amos Tversky y otros psicólogos reportan distintos descubrimientos en cognición, sugiriendo que, bajo ciertas circunstancias, los sujetos no siguen los principios normativos adecuados, sino que "confían en un número limitado de heurísticas que algunas veces producen juicios razonables, y algunas veces conducen a severos y sistemáticos errores de razonamiento" (Kahneman & Tversky, citado por García, 2009).

El trabajo de Evans y Over, es uno de los primeros en defender la teoría dual de sistemas, parte de la aparente paradoja que surge de la visión que comúnmente se tiene de la racionalidad humana y de los resultados de los estudios provenientes de la psicología cognitiva. "Por una parte, los seres humanos tienen herramientas lingüísticas y de representación superiores a las de cualquier especie en la tierra; la información compartida y su capacidad de creación han dado lugar a teorías científicas y a una organización política compleja. (García, 2009). En este sentido, los seres humanos son una especie altamente exitosa y racional. Pero, por otra parte, los seres humanos dentro de laboratorios psicológicos, donde se evalúan sus habilidades de razonamiento, muestran que cometen errores sistemáticos de razonamiento desviándose de los principios normativos adecuados. Según García, (2009):

En gran medida, la teoría dual del razonamiento se puede entender como un intento de eliminar la tensión que se produce al concebir al ser humano como un sujeto racional, que, sin embargo, se separa sistemáticamente de los estándares normativos provenientes de la visión estándar de la racionalidad.

Un punto que es importante señalar es que la teoría dual del razonamiento considera que la cognición humana no puede entenderse como compuesta de dos sistemas completamente independientes, sino como una continua interacción entre ellos. Retomando a García (2009) que cita a Evans y Over, 1996:

La interacción surge del hecho de que S2 es moldeado por S1. S2 requiere de S1 para ahorrar tiempo e identificar posibles problemas o errores. El punto está en que S1 es primario, en el sentido que permea todo el pensamiento humano. La naturaleza interactiva de los procesos descansa en el hecho de que nuestro pensamiento consciente está siempre moldeado, dirigido y limitado por los procesos tácitos.

Kahneman (2003) plantea que “la observación superficial y la investigación sistemática indican que la mayor parte de los pensamientos y las acciones son normalmente intuitivos” (p.183). Mientras el razonamiento requiere tanto esfuerzo a nivel cognitivo, el pensamiento intuitivo se presenta de forma espontánea, por lo cual surge un interés por el pensamiento intuitivo que aparece en las decisiones de las que no se sabe las consecuencias.

Dentro del campo de la toma de decisiones pese a que ha sido estudiado por diferentes disciplinas y a lo largo de la historia debido a que transversaliza todos los temas del ser humano y como dice Schwarz, citado por Goenaga (2016) “la toma de decisiones es esencial para la autonomía, la cual es absolutamente necesaria para el bienestar” (p.76). Se mantienen unas controversias y muchas incógnitas, como si precede siempre una evaluación racional a

nuestra conducta de elección o cuál es el papel de la emoción en el proceso de la toma de decisión.

MODELOS DE COGNICIÓN MORAL

Si bien la pregunta por la toma de decisiones en situaciones que implican cuestiones morales ha sido abordada desde la antigüedad, la psicología moral ha experimentado en los últimos años un creciente interés, según Haidt (2007) citado por Moya (2012) debido a dos importantes cambios en el ámbito científico: en primer lugar, el estudio de la moral ha sido abordado de una manera interdisciplinaria por muchos científicos de diversas áreas tales como la filosofía, las neurociencias, la economía, la antropología, la biología y la psicología; en segundo lugar, en la primera década del siglo XXI gracias a en gran medida al estudio de las neurociencias por medio de los datos de IRMF (imagen por resonancia magnética funcional) se reconoce por parte de los expertos que además del razonamiento, la emoción juega un papel fundamental en la investigación de la psicología moral. Gracias a estos dos cambios y a la influencia y prevalencia de la razón o de la emoción a lo largo de la historia para explicar la toma de decisiones morales, los científicos se han inclinado por una u otra postura, de acuerdo generalmente a los resultados obtenidos en numerosos estudios, lo que ha dado como resultado la existencia de diversas propuestas teóricas.

A continuación, se presentarán los principales modelos explicativos que dan cuenta de la arquitectura psicológica del juicio moral, aportando información acerca de los procesos implicados en la toma de decisiones en situaciones de dilemas morales y en los que la emoción tiene un papel fundamental:

Modelo Social Intuicionista (SIM) (Haidt, 2001)

Desde este modelo se postula que el juicio moral es intuitivo y que la emoción tiene un papel fundamental en dicho proceso, en otras palabras, los procesos de razonamiento junto con los factores sociales y emocionales tienen un papel muy valioso en la producción de los juicios morales, “Haidt define los *juicios morales* como evaluaciones afectivas ‘bueno vs. malo’ de las acciones o del carácter de una persona, hechas con respecto a un conjunto de virtudes postuladas como obligatorias por una cultura o subcultura” (Tovar, 2011, p.31). Esto dado que todo el tiempo los individuos interactúan con otros y realizan juicios sobre lo que se observa en el comportamiento y lo que se espera según las circunstancias. Es decir hay juicios basados en evaluaciones de actos morales que son similares a un juicio estético ya que la sola percepción del acto como moralmente correcto o incorrecto es lo que genera la aprobación o desaprobación.

Haidt además reconoce que aunque puede haber un juicio moral basado en la evaluación de actos morales, estos no son indispensables para que se dé un juicio moral, a partir de sus investigaciones identifica que los juicios morales pueden ser originados por emociones como el asco, según esto, puede generarse en una persona desaprobación moral de una acción que no esté relacionada con aspectos morales, aun teniendo la capacidad para reconocer acciones morales en comparación comportamientos no morales.

Hay algunas ocasiones en las que los sujetos desaprobarán moralmente una acción aunque no se esté haciendo daño a nadie o aunque no se haya violado ningún derecho [...]. Siguiendo los parámetros establecidos en el modelo intuicionista social, reconocemos una acción como moral gracias a un mecanismo de naturaleza intuitiva, no-racional. Cuando un evento es repulsivo o asqueroso, o cuando produce ira, desprecio, culpa, etc. (Tovar, 2011, p. 33)

Las valoraciones sociales aplican en primera instancia a todos los individuos en general que pertenezcan a una misma cultura, así pues, se espera que todos sin excepción actúen de forma honesta o con igualdad por ejemplo; Adicionalmente hay una segunda instancia en la que se espera que personas pertenecientes a poblaciones o culturas específicas actúen de formas específicas (i.e Una mujer joven que debe llegar virgen al matrimonio) siendo estas acciones de carácter obligatorio para no incurrir en sanciones sociales u otras.

El modelo social intuicionista no busca justificar el juicio moral a partir de ciertos principios, sino que intenta presentar los procesos psicológicos que son llevados a cabo en el momento en que se presenta un juicio; además, Tovar (2011) diferencia desde este modelo varios procesos como lo son: los procesos intuitivos, siendo estos los que se dan en menor tiempo, de forma automática y con poco acceso a la conciencia; a diferencia de los procesos racionales que son procesos mucho más lentos que los intuitivos, requieren esfuerzo para ser elaborados y son de mayor accesibilidad a la conciencia. Igualmente, desde el modelo propuesto por Haidt se describe la intuición moral como la aparición de un juicio moral de forma repentina en la conciencia cargado de un valor afectivo, sin necesidad de que se haya hecho una evaluación de la situación de forma consciente ni teniendo en cuenta antiguas experiencias, lo que implica además que la sola percepción de un evento puede producir aprobación o desaprobación en quien lo percibe, por lo que muchas acciones vividas pueden tener cargas de valor moral sin que sean conscientes y además influir de forma directa en las decisiones tomadas.

Yo sugerí que el juicio moral implica rápidos sentimientos viscerales, o intuiciones cargadas afectivamente, que entonces desencadenan en el razonamiento moral como un producto social a posteriori. Este modelo "social intuicionista" de juicio moral dice que la gente realmente se involucra en el razonamiento moral, pero lo hacen para persuadir a otros, no para resolver las cosas por sí mismos. Este modelo invierte el ordenamiento platónico de la

psique, colocando las emociones firmemente en control del templo de la moralidad, mientras que la razón es degradada a la condición de siervo no tan humilde (Haidt, 2003. p.8656).

Además desarrolla el concepto de desconcierto moral, dicho proceso, se da por la mantención de un juicio sin razones que lo apoyen y que puedan ser lógicas, estos juicios se presentan en eventos de ‘males sin daño’ desde los cuales hay componentes morales (i.e. Dos hermanos que deciden tener relaciones sexuales por una noche usando métodos anticonceptivos para estar seguros, siendo este un acto que no se repetirá y que permanecerá en secreto) dicho comportamiento no produce daños a otros, es realizado en secreto y además provoca sentimientos de repugnancia o disgusto que no pueden ser justificados; por lo que la moral no se reduce a las circunstancias que producen daño, sino que además puede ser moldeada por el contexto social, siendo los contextos socioculturales bajos los que moralizan en mayor medida los hechos sin daño. Según el modelo de Haidt quienes moralizan estas situaciones sin daño lo hacen a partir de un sentimiento de disgusto o repugnancia; puesto que lo que lleva a evaluar los actos moralmente inaceptables no es la evaluación de las consecuencias sino la reacción afectiva producida por la situación (Perez, 2013. p.16).

La repugnancia inicialmente tiene un valor cognitivo a pesar de que se evidencie como un acto meramente impulsivo o irracional, puesto que la repugnancia es una reacción visceral que se activa frente a circunstancias que puedan resultar dañinas, “esa valencia cognitiva se ve reforzada por el hecho de que, aunque la repugnancia puede tener un origen y desarrollo evolutivo como mecanismo de defensa, no puede entenderse separada del contexto cultural” (Peréz, 2013, p.18). Muestra de esto es el constante condicionamiento a evitar el contacto con objetos o situaciones repugnantes que puedan tener efectos negativos.

Para finalizar, (Moya, 2012) señala que desde la teoría de Haidt existen varios valores morales universales, además, la moral es abordada de manera muy similar entre todas las

culturas a pesar de que estas puedan tener grandes diferencias unas de otras y, a su vez, identifica varios sistemas psicológicos generales e innatos que pueden ser encontrados en cualquier cultura, estos son:

- **Daño/Cuidado:** En este sistema se muestra la preocupación que una persona puede experimentar al ver el sufrimiento del otro, gran parte de ésta preocupación surge por la activación de las neuronas espejo, puesto que al ver el dolor del otro y saber que también se puede experimentar dicho malestar, se activa el sentimiento de compasión y cuidado para sopesar el sufrimiento a que puede estar sometido el otro. El sentimiento de compasión si bien puede ser evocado por personas desconocidas es más probable que se dé cuando la persona involucrada tiene una relación más cercana.
- **Equidad/Reciprocidad:** Las personas reaccionan a un acto en consideración de lo justo o injusto que puedan percibirlo para consigo mismos, cuando un acto es considerado como desleal tiende a activar zonas cerebrales relacionadas con la emoción y el razonamiento.
- **Endogrupo /Lealtad:** Los humanos han desarrollado muchas formas de defenderse ante las amenazas ya sean de la naturaleza misma o de otros seres humanos y para esto han aprendido a crear alianzas con otros individuos o familias y así evitar correr grandes peligros. La principal y más fuerte forma de alianza es la genética (familia cercana), pero también se pueden establecer alianzas con otros parientes más lejanos de nuestra familia. En este principio se da mayor importancia a quienes presentan valores como la lealtad, la cooperación o la confianza, mientras que la traición es fuertemente castigada.

- **Autoridad/Respeto:** La obediencia está ligada directamente con la autoridad, los seres humanos manejan la jerarquía y la obediencia de forma conjunta, sin una no hay otra y lo revalidan a través del consenso.
- **Pureza/Santidad:** Los seres humanos conciben algunos comportamientos como repulsivos como mecanismo de protección para su vida y su salud, muchas personas conciben a quienes son diferentes como enfermos o como no aptos para subsistir y terminan actuando con rechazo para conservar la pureza.

Teoría del Procesamiento Dual (*Dual Process Theory*)

La idea de que hay dos tipos distintos de razonamiento ha estado presente durante mucho tiempo entre los filósofos y psicólogos quienes han estudiado y escrito acerca de la naturaleza del pensamiento humano; sin embargo, antes de la década de 1990, Tovar y Ostrosky-Solís (2013) citando a Haidt (2001) afirman que la investigación del juicio moral se centró en la comprensión de los procesos de razonamiento, dejando de lado los procesamientos emocionales por lo que los modelos de procesamiento tuvieron poco impacto, y es sólo en los últimos años, como lo señala Evans (2003), que los científicos cognitivos han propuesto la reivindicación de que hay dos sistemas cognitivos del pensamiento, como si fueran dos mentes en un cerebro que compiten por el control de nuestras inferencias y acciones, y que además, tienen distintas historias evolutivas subyacentes, por lo que se les conoce como modelos de proceso o procesamiento dual.

Contrario a lo expuesto por Haidt, Olivera-La Rosa (2014) advierte que en el ámbito académico se impone en diferentes grados el juicio moral como una evaluación predominantemente automática en donde los procesos intuitivos y afectivos se destacan por

encima de los procesos racionales; pese a este panorama o quizá por esto mismo, Greene (2007) citado por Carmona (2014) desde una propuesta integradora plantea que en el modelo de procesamiento dual de los juicios morales, tanto la emoción como el razonamiento tienen papeles importantes en el juicio moral, pero reconoce que entre los mecanismos racionales y emocionales existe una competición. Dicha propuesta integradora se apoya en la adopción de un enfoque humeano kantiano, en el que, según Aín (2012) citando a Husler (s. f), el primer enfoque, hace referencia a la filosofía moral de Hume, en el que ante un evento o acto emerge una respuesta emocional inconsciente o automática que conduce a un juicio. El segundo enfoque, acorde a la filosofía moral de Kant, ante un evento o acto el individuo reflexiona (razona) con base en ciertos principios para llegar a un juicio. En este sentido, para Hume (1975, 1978, 1987, 1988, 1993) citado por Pinedo (2015), nuestras acciones están motivadas por sentimientos de atracción o aversión generados por ciertos comportamientos, ya que buscamos lo que nos causa placer y rechazamos lo que nos causa dolor, y por lo tanto, los sentimientos de dolor y placer están en la base de los juicios morales. En oposición a Hume, Pinedo (2015) plantea que para Kant los juicios morales se originan no en las emociones del sujeto sino en la razón, y propone que el buen obrar, vista como un deber u obligación, emerge de la capacidad racional humana, que es universal y que opera como un regulador de la conducta mediante normas que surgen del propio individuo.

Así, Greene, Morelli, Lowenberg, Nystrom & Cohen (2008) citando a Kohlberg, (1969) y a Turiel (1983) indican que tradicionalmente se han destacado las teorías del desarrollo moral que hacen énfasis en el papel de la cognición controlada o razonamiento en el juicio moral maduro, mientras que tendencias más recientes han destacado el papel que desempeñan los procesos emocionales intuitivos o automáticos en el juicio moral, tal como lo señalan Blair

(1995), Haidt (2001) Mikhail (2000), Nichols (2002, 2004), Pizarro y Salovey (2002), Rozin, Lowery, Imada, y Haidt (1999), Van den Bos (2003), también citados por Greene et al. (2008). Y en una propuesta integradora, en el mismo sentido de Greene, Bargh (1994) citado por Olivera-La Rosa (2013), propone que todos los procesos psicológicos involucrados en la cognición humana, desde los automáticos, que son rápidos, eficientes y usualmente subconscientes, hasta los procesos controlados que son más lentos y separables de la percepción, deben ser entendidos como un continuum.

Tovar y Ostrosky-Solís (2013) afirman que Greene (2008) en su teoría del proceso dual defiende dos nociones de juicio moral: una deontológica y otra utilitarista o consecuencialista. La primera, es decir, la deontológica, está a favor de conclusiones deontológicas, o lo que es lo mismo, a favor de comportamientos en los que se respeta una norma moral. La segunda, la utilitarista o consecuencialista, están a favor de juicios cuyo resultado beneficia al mayor número de personas. Tradicionalmente, se ha creído que el utilitarismo o consecuencialismo, es emocional, y la deontología racional, empero, Greene defiende exactamente lo contrario a partir de los resultados de sus estudios experimentales, en los que concluye que los juicios deontológicos son causados por respuestas emocionales, mientras que los juicios utilitaristas o consecuencialistas, son causados por los procesos “cognitivos”, en contraste con los procesos afectivos o emocionales. De este modo, Greene et al. (2008), citando a Greene (2007) agregan que mientras los juicios morales utilitaristas son impulsados por procesos cognitivos controlados, los juicios no utilitarios, es decir, los característicamente deontológicos, son impulsados por respuestas emocionales automáticas. De este modo, para Greene (2009, 2010) según Olivera-La Rosa (2013) la cognición moral funciona como una cámara fotográfica que tiene dos modos: uno de ellos automático, que correspondería

a las intuiciones morales, y un modo manual que equivaldría al razonamiento moral, y de acuerdo a la naturaleza de la situación moral evaluada, un modo u otro se impondrá, aunque el modo de las intuiciones morales, el modo automático, suele ser más eficiente en situaciones conocidas y habituales y suele ser más deficiente en situaciones nuevas en donde se requieren respuestas más flexibles..

Tovar y Ostrosky-Solís (2013) y Uríbarri, Cortina y Triviño (2014) señalan que los estudios de Greene et al. (2004, 2001) se han centrado en el estudio de los procesos neuronales que se producen cuando un individuo responde a un dilema moral. En dichos estudios, se les pide a personas sanas resolver dilemas que implican violaciones morales personales e impersonales, con el fin de observar las zonas del cerebro que se activan en cada prueba. Por un lado, los dilemas morales impersonales se refieren al daño físico grave o la muerte causada a una persona por un agente no de forma directa sino buscando un bien común, como en los dilemas del tren en el que una persona debe elegir si oprimir un botón o palanca (*trolley dilemma*) que desviaría un tren a punto de matar a cinco individuos hacia otra vía férrea en la que solo mataría a uno. Por otro lado, los dilemas morales personales son aquellos que con bastante probabilidad producirán daño físico grave o la muerte a una persona como resultado de una acción generada directamente por otra persona, para salvar a un grupo, de tal manera que el daño no es resultado de un efecto colateral, tal como ocurre en el dilema del puente peatonal (*footbridge dilemma*), que es una variación del dilema del tren en el cual en lugar de oprimir un interruptor o palanca, el sujeto debe decidir si empujar de un puente a un hombre muy pesado para detener un tren que se dirige a matar a cinco personas. En consecuencia con lo anterior, cuando una persona toma una decisión personal con implicaciones morales, está haciendo un juicio deontológico centrado en la normatividad, derechos, deberes y obligaciones por encima

del bien común o colectivo, mientras que tomar una decisión moral impersonal implica un juicio utilitarista o consecuencialista el cual promueve el bien mayor o común. Del mismo modo, Greene et al. (2008) citando a Mill (1861,1998) agregan que los juicios utilitarios están dirigidos a minimizar los costos y maximizar los beneficios, mientras que citando a Kant (1785, 1959), señalan que en la perspectiva deontológica los derechos y deberes son consideraciones utilitarias de triunfo.

En otras palabras, Greene et al. (2009) han utilizado un grupo de dilemas clásicos dentro del ámbito de la filosofía para estudiar los dos tipos de juicio moral, deontológico y utilitario. Así, en el dilema del tren o ferrocarril utilizan la versión del interruptor para estudiar el juicio utilitarista o impersonal, en cuyo caso, un tren va sin control por una vía en la que están trabajando cinco personas, pero una persona o agente externo puede salvarlas pulsando un interruptor que desviará al tren hacia una vía donde matará a una única persona. La versión del puente peatonal, es utilizada para estudiar y evaluar el juicio deontológico o personal. En este caso, al igual que en el anterior, un tren se dirige a matar a cinco personas que están en la vía y la única manera de salvarlas es que el agente externo empuje a una persona desde un puente peatonal, la cual caerá a las vías férreas deteniendo el tren al ser atropellada. Ante estos dilemas morales, los participantes deben decidir si la acción es apropiada o inapropiada. La solución es utilitarista o impersonal cuando la persona responde que la solución es apropiada, ya que la acción promueve el bien colectivo, puesto que considera que es apropiado pulsar la palanca o empujar una persona desde el puente para salvar cinco vidas a costa de una. Cuando los participantes responden que la solución es inapropiada, se considera una respuesta deontológica o personal, ya que se basa en el respeto a las normas de no matar bajo ninguna circunstancia,

respetando a una única vida por encima de la de cinco personas que morirán fatalmente si el tren continúa su curso.

Con respecto al caso anterior del tren en sus dos versiones, palanca o puente, Greene et al. (2008) argumentan que su teoría de doble proceso explicaría la tendencia a que las personas rechacen empujar al hombre fuera de la vía debido a la influencia de las respuestas emocionales automáticas, mientras que aprobarían esta acción debido a la influencia de los procesos cognitivos controlados. Uríbarri et al (2014) también describen que las personas suelen encontrar apropiadas las soluciones en dilemas impersonales, como pulsar un interruptor, pero no así en los dilemas personales en los que tienden a juzgar como inapropiadas las soluciones en las que deben empujar a alguien desde un puente. Igualmente, para Greene (2007b) cuando se presenta un dilema moral con una mayor carga emocional o personal se da una respuesta emocional automática que genera una elección en contra de causar daño, aunque el control cognitivo puede anular la respuesta emocional, de manera tal, que los mecanismos cognoscitivos controlarían la respuestas utilitaristas, mientras que en los juicios deontológicos, prevalecerá la emoción por encima del razonamiento.

Tal y como lo demuestran trabajos de Greene et al. (2001, 2004), dichos dilemas activan ciertas regiones cerebrales que están asociadas con la cognición social y con la emoción. De acuerdo con los resultados de experimentos de Greene (2007) y el estudio de los procesos neuronales citados por Cummins y Cummins (2012), se ha encontrado fuerte evidencia de que las respuestas afectivas son el dominio de la corteza prefrontal ventromedial (VMPC), mientras que la corteza prefrontal dorsolateral favorece la toma de decisiones de deliberación. De igual modo, dichos estudios permitieron establecer que cuando no predominan las respuestas afectivas, prevalece el razonamiento deliberativo, y cuando se genera un conflicto entre las salidas de estas

áreas, se resuelve a través de la corteza cingulada anterior, señalando la necesidad de control cognitivo. Dicha necesidad es resuelta por la corteza anterior prefrontal dorsolateral, y, cuando prevalece esta última, se selecciona la salida del sistema de deliberación. Si no ocurre así, la respuesta afectiva predominante constituye el juicio.

Los hallazgos anteriormente descritos, son significativos en el sentido que permiten comprender la importancia de los tres estudios citados por Greene et al. (2008), ya que éstos proporcionan evidencia de una relación causal entre juicios no utilitarios en casos de los dilemas morales antes expuestos, y que están impulsados por respuestas emocionales. En el primero de los estudios, Méndez, Anderson, y Shapria (2005) encontraron que pacientes con demencia frontotemporal, cuya característica es el embotamiento emocional, eran excesivamente propensos a aprobar la acción utilitarista en el dilema de Footbridge. En el segundo estudio, Koenigs et al. (2007) y Ciaramelli, Muccioli, Ladavas y di Pellegrino (2007) encontraron resultados similares a pruebas aplicadas en pacientes con déficits emocionales como consecuencia de lesiones prefrontales ventromediales. En el tercer y último estudio mencionado por Greene et al., Valdesolo y DeSteno (2006) hallaron que luego de la inducción emocional positiva, es decir, una manipulación predestinada para contrarrestar respuestas emocionales negativas, los participantes normales, sin ninguna lesión ni daño cerebral, tenían más probabilidades de aprobar la acción en el dilema de Footbridge, es decir, de dar una respuesta utilitarista. En consonancia con esto, Cummins y Cumins (2012) destacan que cuando se analizan los resultados a dilemas morales deontológicos y utilitarios, resalta que individuos con daños en corteza ventromedial frontal, es decir, en los cuales están deteriorados los sistemas de procesamiento socioemocionales, son más propensos a hacer juicios utilitarios que personas sin lesiones cerebrales o con daño en otras áreas cerebrales.

De modo similar, en otro estudio, Greene et al (2007b) encontraron que la circunvolución angulada posterior y la circunvolución angular tenían una activación (bilateral) mucho más fuerte en la condición moral-personal que en la moral-impersonal y en la no moral. (Greene et al. 2001), resaltando que dichas áreas están relacionadas con las emociones y que son activadas más durante la contemplación de dilemas personales que en los impersonales; sin embargo, las áreas asociadas con la memoria de trabajo tales como la circunvolución frontal media, derecha y el lóbulo parietal, bilateral eran menos activas frente a los dilemas morales personales que en los casos de dilemas impersonales o no morales, esto es importante ya que las áreas asociadas a la memoria de trabajo se encuentran menos activas durante el procesamiento emocional, en comparación con el procesamiento racional; de igual modo, Greene (2008) citado por Green et al. (2007b) señalan que los resultados indican que las personas tienden a responder en los dilemas en los que la respuesta emocional es baja de forma utilitarista, mientras que en los casos en que la respuesta emocional es alta, tienen a hacerlo de forma deontológica.

En conclusión, los estudios de Greene et al. (2007b) señalan que si bien la mayoría de las personas frente a los dilemas morales impersonales tienen una respuesta consecuencialista, en la cual juzgan que es correcto oprimir el botón para salvar a cinco personas; presentan una respuesta deontológica en los dilemas morales personales, es decir, no están de acuerdo en arrojar a un sujeto pesado a las vías del tren. Esto es explicado por Greene et al (2001) al encontrar en los dilemas morales personales hay una participación mayor del procesamiento emocional que en otro tipo de dilemas, por lo que afirma que “es la respuesta emocional, en cada uno de los casos, la que da cuenta de la propensión de la gente a tratar ambos casos de manera diferente”. Esto significa, para las personas es emocionalmente más fuerte pensar en arrojar a alguien a las vías del tren que en desviar un tren, aunque en ambos casos se

produzcan las mismas consecuencias, es decir, salvar cinco vidas a costa de una. Sin embargo, Kahane, Everett, Earp, Farias, y Savulescu (2015) señalan que en personas con rasgos antisociales o con bajos niveles de empatía, cuando se les presentan estos dilemas, se ven comprometidos en promover el bien común, es decir, en tomar decisiones utilitaristas o consecuencialistas, aunque se esperaría que no fuera una verdadera preocupación por el bien común.

CAPITULO III

APORTES A LA DISCUSIÓN

De los estudios de las emociones han resultado distintas conclusiones acerca de la naturaleza de éstas. Dichas conclusiones, diferentes entre sí, implican, a su vez, concepciones distintas en cuanto a la incidencia de las emociones en la vida de los sujetos y las comunidades. A lo largo de este trabajo se vio que para un estudio de las emociones hay que tener en cuenta las distintas teorías y las conclusiones a las que estas llegan, con el fin de lograr una perspectiva de las emociones que nos permita verlas como una parte relevante de lo que es ser hombre y como una forma cognitiva y racional de implicación en el mundo, diferente a algunas perspectivas teóricas que ponen a las emociones como meros impulsos físicos o como parte de la herencia animal que tenemos de nuestro proceso evolutivo (como las propuestas de William James y Charles Darwin). Es necesario entonces, revisar lo que se ha dicho respecto al tema y posibilitar un mejor diálogo entre disciplinas.

Aunque hay muchas teorías que proponen que las emociones son simples afecciones corporales o, al modo racionalista, pensamientos errados, se ha generado gran interés por la posible relación entre razón y emoción. Que la información que recibimos no sea fácilmente entendible en términos racionales no implica que sea irracional, simplemente indica que es ajena, en su enorme mayoría al conocimiento racional, pero produce resultados y efectos, dado que la emoción es un fenómeno psicofisiológico que tiene la función de ayudarnos a adaptarnos ambientalmente, y además, tienen un papel facilitador la toma de decisiones.

Ya no parece veraz que la razón gane al operar sin el influjo de la emoción. Por el contrario, quizá la emoción ayude a razonar, sobre todo cuando se trata de asuntos personales o sociales que presentan riesgos y conflicto. Es claro que los trastornos emocionales pueden desaguar en decisiones irracionales. La evidencia neurológica simplemente sugiere que la ausencia de emociones es un problema.

A partir de los resultados de varios estudios podemos declarar que la razón y la emoción juegan un papel importante en el juicio moral y la toma de decisiones, sin embargo, pese a los avances que se han dado en el campo de la psicología, las neuroimágenes y el estudio de la moral y pese a que científicos como Greene se centren en la investigación de los procesos neuronales que se producen en el momento en que un individuo se ve enfrentado a una situación que propone un dilema moral, es poco lo que se sabe acerca de los correlatos neuronales, cómo y cuál es la naturaleza de su interacción entre razón y emoción y qué factores modulan o determinan la influencia de una u otra en una determinada situación.

Tal y como lo señalan Tovar y Otrosky (2013) en los estudios de Greene (2001, 2004, 2008) la presentación de dilemas morales personales e impersonales tipo dilema de *Trolley* y dilema de *Footbridge* a sujetos de estudio sanos o con algún compromiso cognitivo y cerebral, presentan dificultades en cuanto los resultados de su investigación y se ven comprometidos y restringidos en el sentido en que no se estiman situaciones en las cuales el juicio moral que es dado por un individuo no obedece o es producto de la solución a un conflicto moral, como ocurre en las respuestas a situaciones repugnantes; lo que implica que la activación y localización de ciertas áreas cerebrales frente a los dilemas morales podrían o bien activarse o bien no hacerlo en otras situaciones que eliciten las mismas respuestas pero que no corresponden a los mismos desencadenantes, situación que no ofrece evidencia clarificadora para el avance de las

neurociencias en el estudio de la moralidad y las emociones implicadas en la toma de decisiones de carácter moral, y que además, no ofrece información significativa más allá de un asunto que trasciende lo descriptivo y localizacionista.

Se teorizó sobre las emociones desde muchos enfoques con el argumento que razón y emoción eran materiales incompatibles, que no se podía alcanzar un buen razonamiento si estaba contaminado por las emociones. A lo cual podría decirse que el cerebro racional se apoya sobre el cerebro emocional, el razonamiento está siempre tamizado por los sentimientos y éstos a su vez pueden ser modulados por la razón. Se puede pensar en la experiencia de las emociones y constatar, rápidamente, que no son, o no están acompañadas de procesos reflexivos conscientes. O pensar en las emociones como formas de cognición no proposicionales en donde las emociones son juicios y más específicamente complejos de juicios dirigidos a un objeto bien sea causada por el objeto mismo o por algo que nos haga pensar en él. En cuanto a estos juicios, nos damos cuenta que requieren conocimiento del mundo, asignaciones de valor y una conciencia, aunque tácita de ser un sujeto involucrado con el mundo de diferentes maneras o, como lo diría Solomon (2007) “tenemos nuestras emociones de manera irreflexiva, pero esto no significa que el hecho de hacerlo no implique aprendizaje y conocimiento detallado del mundo y de nuestro lugar en él.” (p. 281)

Popularmente se cree que a la hora de tomar decisiones las personas deben basarse en uno de dos aspectos: las emociones o la razón. Según el sentido común, las decisiones tomadas con base en las emociones o al corazón son espontáneas, impulsivas, involuntarias, irracionales, sin fundamento o guiadas por la intuición, suelen ser las opciones menos sensatas, que conducen a errores y traen graves consecuencias, sin embargo les dejan cierto alivio a las personas, dado que concluyen que decidieron con el corazón en la mano. Todo lo contrario

ocurre con la idea que se tiene sobre las decisiones tomadas con la razón o también denominadas en la jerga cotidiana como decisiones tomadas con cabeza fría, estas son producto de un arduo proceso de reflexión en el que la persona hace un profundo análisis de los pro y contras de cada acción, además de prever las posibles consecuencias, exigen mayor tiempo, mayor esfuerzo, y dejan cierta sensación de egoísmo y sacrificio de quien decide. Contrario a esto, diversos trabajos, entre los que destacan los relacionados a la hipótesis del marcador somático de Damasio (1996) han demostrado cómo, las emociones cumplen un papel facilitador en la toma de decisiones.

Al abordar el trabajo realizado por Damasio, encontramos que una de las principales fortalezas es que éste desde su teoría busca reforzar el porqué de la emoción a partir de los procesos cerebrales, hace un análisis detenido del trayecto por el que pasa el estímulo durante todo su recorrido hasta que finalmente se experimenta la emoción, y lo hace teniendo en cuenta los procesos neurobiológicos y neuronales. Así mismo, la hipótesis del marcador somático es uno de los ejes con mayor relevancia puesto que desde aquí se aborda la conexión existente entre las emociones y el pensamiento racional, es decir, la forma en que las emociones influyen en los procesos de toma de decisiones y el razonamiento que se hace a partir de estas decisiones, gracias a dicho proceso se pueden limitar las opciones a tener en cuenta en un proceso de toma de decisiones.

Un ejemplo de esto sería: si una persona que tiene una primera experiencia agradable al saludar un perro posiblemente en un próximo encuentro con otro perro puede acercarse a este de igual manera que al primero basándose en que la experiencia inicial fue agradable. De este modo se puede decir que las emociones tienen un gran valor en el proceso de

aprendizaje y la adquisición o descarte de conductas por su valor en la toma de decisiones, aun sin que signifique que la conducta que se elija seguir sea la decisión correcta.

Mientras que el trabajo de Greene se centra en que la reflexión es la que da lugar a los juicios ya que parte desde el cálculo de las consecuencias, Haidt sostiene que los juicios que usan procesos reflexivos forman una muy pequeña parte y aborda el juicio moral desde una teoría integradora y en consecuencia se reconoce tanto la importancia de los factores sociales como los emocionales, sin embargo, solo describe cómo se da el proceso de juicio pero no plantea cómo debe de hacerse, es decir, no se habla de los procesos. Del mismo modo, defiende que desde este modelo teórico no se aprueba la teoría racionalista en un momento inicial de la emoción puesto que hay respuestas que se dan tan rápido que no se alcanza a tener un proceso netamente racional y por lo tanto la causa del juicio no es el razonamiento previo sino por la reacción emocional con un valor cognitivo (Intuición).

Pese a esto se puede ver que si hay lugar a suponer que el proceso racional hace parte de su modelo, una muestra de esto es que una persona que toma una decisión con base en un juicio moral busca con gran interés validar su juicio y no tanto la relación emocional que lo llevaron a tomar esta decisión, por lo que hace falta una propuesta que logre explicar de forma clara el mecanismo a partir del cual se generan los juicios morales.

Haidt postula que el juicio moral es causado por sensaciones y seguido por un razonamiento moral un poco más lento, y desde este razonamiento se hace una valoración sea positiva o negativa. Desde la teoría social intuicionista se plantea que los juicios son comportamientos diarios que pueden tener consecuencias futuras y por esta razón desarrolla un grupo de virtudes que tienen gran valor puesto que aplican a cualquier persona de la sociedad o a grupos sociales, de allí que los procesos morales sean intuitivos; pero pese a todo el desarrollo

teórico Haidt no ha logrado producir una definición clara de juicio moral y se puede considerar más bien su trabajo como una aproximación hacia los juicios morales dejando un vacío.

Sería de gran valor investigativo lograr identificar si existen condiciones que permitan a las personas reconocer acciones morales, ya que esto permitiría desarrollar con mayor claridad explicaciones sobre las acciones individuales y la forma en que estas acciones puede influir en las respuestas y adicionalmente para identificar si es posible diferenciarlas de otro tipo de acciones o crear una teoría integradora que pueda dar cuenta de la causa y todo el proceso que de allí se desprende.

Del mismo modo, sería importante que siguiendo la línea de trabajo desarrollada por Haidt se profundice más en las diferencias existentes entre juicios morales y otros comportamientos que no necesariamente incluyan el componente moral pero que tenga que ver con juicios por ejemplo, políticos, económicos, entre otros, dado que ayudaría a comprender el fenómeno de los juicios morales y a clarificar las diferencias conceptuales en relación a otros juicios, puesto que Haidt no logra integrarlo y este vacío puede generar grandes confusiones a nivel de interpretaciones.

La intuición moral permite que se puedan reconocer procesos como morales y que a partir de estos se logre emitir un juicio, así, las personas justifican las decisiones a través de un proceso introspectivo y no simplemente se trata de los procesos cognitivos que originan la toma de dichas decisiones, que en cierta medida es a lo que apunta la teoría de Haidt; este proceso puede estar más relacionado con las llamadas ‘teorías causales a priori’ que son las que influyen realmente en los juicios y la relación moral, puesto que las personas no tiene acceso a los juicios usados para tomar una decisión. (Tovar, 2010)

Cabe entonces señalar desde esta teoría la consideración de que las interacciones sociales más los componentes innatos en la persona son las causales de las normas sociales, dicho en otras palabras, una persona puede nacer con algunos principios que se desarrollan a partir de la experiencia social y las normas morales propias, tales normas aplican a todas las interacciones tanto humanas como animales y suceden de forma secuencial pasando por: 1) intercambios sociales durante la primera infancia, 2) rango de autoridad a partir de los 3 años, 3) retribución igualitaria a partir de los 4 años, 4) precio del mercado, la cual solo aplica para los seres humanos. En este momento hace falta ampliar la discusión en torno a aclarar si las normas morales son o no la causa del juicio moral, y adicional a esto definir si ambos procesos (interacciones sociales y procesos innatos) pueden tener una relación causal. (Tovar, 2011)

Al desarrollar la teoría de intuición social Haidt tiene como principal marco de referencia la hipótesis del marcador somático de Damasio donde toma en cuenta las emociones como las principales captadoras de la información real que es transmitida y que enseguida queda plasmada en el cerebro (Pérez, 2013) por lo que la intuición y el razonamiento vienen siendo entonces dos formas de cognición que ayudan a procesar toda la información que brinda el medio desde donde se valoran acciones como buenas o malas.

Para Haidt el desconcierto moral parte de la tendencia ilógica a sostener algunas decisiones, sean estas importantes o no a pesar de que no existan argumentos que validen la toma de dichas decisiones, es decir, juicios irracionales con base en sensaciones viscerales como la repugnancia o el asco; los juicios morales desde este postulado deben cumplir siempre con dos criterios: en primer lugar la repugnancia hace parte de la experimentación de una emoción y contiene un valor cognitivo que pueda dar lugar a juicios morales, esto se origina en las creencias sociales que la persona pueda tener sobre el desencadenante que dio origen a la decisión, en

segundo lugar el resto de emociones que se pueden experimentar carecen de valor racional. Esto puede significar que el juicio moral y la repugnancia pueden ir de la mano pero no necesariamente son consecuencias un concepto del otro. (Pérez, 2013)

No está muy claro cómo es que la repugnancia puede tener valor moral puesto que ésta no es en sí misma causada por el juicio moral y por tanto no es una emoción moral, y por el contrario la valoración del juicio moral apunta más a la valoración que hacemos de las consecuencias que una acción tiene para otro, que a la sensación producida por estímulos ‘repugnantes’ puesto que en esta clasificación pueden estar incluidos estímulos no inmorales. Esto bien evidencia que aún hay poca claridad en cuanto a las definiciones de emociones morales y las situaciones de juicio moral en las que tendrían validez.

En correspondencia con lo anterior, es notable la falta de consenso que hay frente a las emociones de carácter moral o a las emociones que se ven involucradas en las situaciones que representan un dilema moral y en las que los sujetos se ven obligados a emitir un juicio o tomar una decisión. Autores como Moll, Oliveira-Souza, Bramati, y Grafman (2002) o Haidt (2003) defienden la existencia de emociones que son claramente morales y que suscitan comportamientos que velan por el bienestar propio y de otras personas y condenan conductas dañinas para sí mismo y para otros, y que además, son el resultado de las presiones evolutivas tanto biológicas como sociales exclusivamente en los humanos; sin embargo, el hecho de que un sujeto pueda responder emocional y racionalmente de diferentes modos ante estímulos similares de acuerdo a la percepción que tenga de éstos y las experiencias anteriores, y que emociones que se clasifican como morales, entre ellas el asco, aparezcan en situaciones que no representan conflicto moral, o la empatía, la cual se manifiesta también en otras especies no humanas ponen

en duda la existencia de emociones que obedezcan a una categoría especial llamada moral y que se diferencia sustancialmente de otras emociones no morales.

Parece ser entonces que aunque las emociones tengan un papel importante en nuestro comportamiento en general y en nuestra vida moral, la falta de consenso sobre las emociones y el papel que desempeñan en dilemas morales no hacen plausible una teoría general, que entre otras cosas, clasifique las emociones por familias, esto debido a que como lo expone Hansberg (1996) “las emociones no forman una clase unitaria, sino un grupo muy heterogéneo en el que se incluyen estados mentales muy distintos y por razones diversas” (p. 107). De este modo, al pensar en una categorización de las emociones en morales y no morales de inmediato saltan a la vista dificultades, dado que unas emociones están más ligadas a cambios fisiológicos o a sensaciones corporales, mientras que para otras emociones su aparición no representa necesariamente un estado corporal alterado, algunas emociones están más relacionadas con procesos cognitivos, otras están más encadenadas a actitudes evaluativas, otras responden al deseo de quien las experimenta, algunas tienen bien caracterizado sus manifestaciones conductuales típicas y en otras es imposible hacerlo por su gran variedad de expresiones, del mismo modo, que algunas son más susceptibles de ser modificadas a partir de realizar cambios en las creencias o actitudes, mientras que otras parecen estar fuera del alcance de nuestro control.

Continuando con lo anterior, una clasificación de las emociones representa también un gran problema si consideramos que, a diferencia de los estados de ánimo, las emociones están dirigidas a un objeto concreto, situación que pone en apuros a quienes pretendan tal cosa. Siendo así, los objetos de las emociones son variados, aún más lo son las situaciones que presentan un conflicto moral, ya que la percepción de la existencia de un conflicto moral es dada por la sociedad y la cultura, quienes modulan la manera específica las

normas y sistemas de valores, y por tanto, las situaciones y el modo de cómo se expresan y se perciben las emociones, con lo cual tendríamos que preguntarnos si es posible establecer cuáles y cómo se clasifican las emociones y si éstas serían universalmente reconocidas y válidas para todas las culturas y para todas las situaciones, pues si bien hay patrones que son universalmente reconocidos en las emociones para cualquier persona del mundo y perteneciente a cualquier cultura, hay otras que están sujetas al valor que una persona o una sociedad le atribuye a ciertos objetos y situaciones.

Puede decirse que en el escenario que presenta actualmente la investigación en toma de decisiones morales hay poco estudio experimental, en su mayoría la técnica más utilizada en estos estudios se realizan con dilemas morales, donde se presenta al participante una situación conflictiva que presenta dos opciones y en donde debe tomar una decisión, evaluando generalmente la comparación que hace el participante de los procesos racionales o emocionales. Además de esto, estos dilemas morales en su mayoría se usan en contextos o escenarios que difieren mucho de la realidad o cotidianidad con situaciones muy extremas. Lo que deja la inquietud de cómo funcionan estos procesos donde intervienen las emociones morales para la toma de decisiones en situaciones de la vida cotidiana.

Estas dificultades en lo metodológico, podría pensarse que se deben a que en los estudios sobre las emociones y la moral se han llevado a cabo con tipos de estudio y diseños de investigación similares, y por lo tanto, utilizando generalmente los mismos instrumentos, con una preponderancia de la investigación empírico analítica y del alcance explicativo tal como lo evidencia Goenaga (2016); sin embargo, dicho alcance explicativo no es evidente en la literatura revisada dada la cantidad de tendencias, teorías, metodologías, variables y definiciones de

diversos autores sobre el tema y que en su mayoría representan ideas opuestas y con bastantes limitaciones y vacíos.

En la vida del hombre y, consecuentemente, en sus emociones, la vida en comunidad y sus implicaciones mentales se vuelven tan importantes para el hombre como es la evolución en otros animales; si las comunidades en que nacemos y crecemos no hubieran hecho anteriormente ciertas elecciones y no hubieran restringido así el inmenso ámbito de posibilidades, estaríamos sumidos en el caos. Citando a Todorov (2008) “La cultura toma el relevo de la genética” (p. 47). Entonces las emociones se podría decir que obedecen a reglas construidas por la sociedad siendo así un conjunto de requisitos adecuados a las exigencias de la comunidad. Y, en cierto sentido las emociones necesitan, para ser apropiadas, darse de acuerdo con ciertas reglas establecidas por una comunidad. Por ejemplo, cuando alguien hace daño a otro se le exige sentir culpa y hasta cierto punto se le exige a la víctima sentir resentimiento o emociones similares. Las reglas de las emociones son aprendidas esas reglas contemplan una apreciación adecuada para diferentes circunstancias. Cuando hablamos de reglas hablamos de un tipo de compromiso que es, en este caso, un compromiso con una comunidad de individuos que puede ser una comunidad moral. Cabe recordar que no todas las emociones son interpersonales o morales.

CONCLUSIONES

- Se puede dar cuenta en el recorrido descrito, a saber por ejemplo, primero las emociones como alteraciones físicas, luego como entes cognitivos, después consideradas como fruto de la sociedad y finalmente tenidas en cuenta como actores morales nos lleva a que las emociones son un poco de todo lo que se les atribuye desde las distintas teorías sin poder ser del todo abarcadas por ninguna de ellas. Sin embargo, vemos también, que las emociones, en tanto partícipes de la vida del hombre dependen necesariamente de sus contenidos mentales, de sus apreciaciones de mundo, de su memoria y sus expectativas hacia futuro. Además vemos que todas estas expectativas, creencias etc. están envueltas en una comunidad.

- Unir emoción y razón como entidades que trabajan en un mismo sentido y no, como tradicionalmente se ha visto, en oposición, nos permite una concepción más amplia de la mente y el actuar humano, genera a su vez, una perspectiva más abierta de la psique humana, ubicando las emociones como ligadas a la intencionalidad y racionalidad, permitiendo así un análisis menos fragmentado de la cognición y el actuar humano que explica más y mejor la cotidianidad de los individuos. Verlas como separadas y contrarias a la razón y a la mente deja un vacío en el intento de explicación de lo humano ya que ver las emociones como parte del engranaje de la mente y no como una contingencia o accidente de ésta, conduce a verlas como un factor importante en las teorías morales y por ende en el estudio de, por ejemplo, la política, las culturas y el actuar humano.

- Es necesario desde lo teórico realizar ajustes y consensos que permitan delimitar lo que son y no las emociones, con el fin de evitar invalidar los estudios que se llevan a cabo siguiendo una u otra definición o teoría, o seguir cayendo en las mismas tautologías de

estudios y resultados, que si bien engrosan las bases de datos y aumentan el número de estudios científicos sobre el tema, redundan en lo descriptivo y no aportan nada nuevo desde lo explicativo.

- Las diferentes teorías que han aparecido a lo largo de la historia tanto desde la filosofía como desde la psicología sobre las emociones, su definición, clasificación, número y características se han dado según el interés de los autores y la época, y han surgido de teorías causales en la que describen sus efectos sobre el comportamiento pero no explican concluyentemente su origen, su influencia en otros procesos cognitivos ni en la toma de decisiones morales, ni los determinantes que influyeron para que apareciera una emoción y no otra.

- Si bien las neurociencias y sus técnicas de medición de estados cerebrales pueden mostrar las áreas que se activan ante la ejecución de una determinada actividad o durante un proceso cognitivo o emocional inducido, las fMRI (*functional magnetic resonance imaging*) se quedan cortas en el estudio de la emoción y la moral ya que solo se limitan a señalar las áreas cerebrales implicadas, el aumento o disminución de la actividad de esas áreas y las conexiones entre un núcleo y otro y por lo tanto, sin información o técnicas adicionales, a partir de este método no se puede inferir si lo que se está evaluando es de tipo causal o correlacional. Sumado a esto, está la imposibilidad de saber si los métodos que se utilizan para generar una determinada emoción son los correctos y realmente inducen la emoción esperada y no otra con características similares.

- Hay aún mucho por decir acerca de la participación de las emociones en la vida tanto individual como comunitaria, hay muchos debates abiertos sobre el papel de las

emociones en, por ejemplo, la responsabilidad moral, sobre el papel de éstas en los procesos de elección. Queda abierta, esta discusión a discusiones en el ámbito de la psicología.

- Pese al avance del estudio de la moral y las emociones, hasta el momento, no se conoce claramente cuál o cuáles son los procesos que activan o inhabilitan las emociones en casos de dilemas morales, esto debido a que su estudio ha sido abordado desde diversas disciplinas las cuales por sí solas encuentran explicaciones limitadas, sin embargo, coinciden en que ambas, la moral y las emociones, son el resultado de la interacción de múltiples factores, que incluyen lo biológico, evolutivo, cognitivo, psicofisiológico, cultural y social.

BIBLIOGRAFÍA

- Abiobol, P, Botero, F. (2006). TEORÍA DE ELECCIÓN RACIONAL. 132 – 145.
- Arango Rivadeneira, R. (2008). *Derechos humanos como límite a la democracia: análisis de la ley de justicia y paz*. Bogotá: Norma.
- Baum, E. (Octubre de 2001). Justicia, Emociones y Derechos Humanos. *Derecho y Ciencias Sociales*, 5, 74-97.
- Calhoun, C, Solomon, R. (1984). ¿Qué es una emoción? Lecturas clásicas de psicología filosófica, Fondo de cultura económica, México.
- Cantillo, I. A. P. (2015). El factor emocional en la construcción del juicio moral: una trayectoria desde Kohlberg al horizonte de la filosofía experimental y la neurociencia cognitiva. *Límite Revista Interdisciplinaria de Filosofía y Psicología*, 10 (32), 15-25.
- Carmona Perera, M. (2014). Toma de decisiones morales en drogodependencias: aproximación neuropsicológica. Universidad de Granada.
- Chóliz, M. (1995): La expresión de las emociones en la obra de Darwin. En F. Tortosa, C.
- Chóliz, M. (2005). Psicología de la emoción: el proceso emocional. Recuperado de: www.uv.es/=cholz.
- Damasio, A. (1996). El error de Descartes. Harvard Deusto Business Review. Buenos Aires. 148, p.p. 16-25.
- Damasio, A. (1997). El error de Descartes. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Damasio, A. (2000). Sentir lo que Sucede. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Darwin, C, (1921). EL ORIGEN DE LAS ESPECIES POR MEDIO DE LA SELECCIÓN NATURAL, Madrid.
- Denis, Henri, historia del pensamiento Económico, trad. Nuria Bozzo, Ariel ediciones, España, 1970.
- Dewey, J. (1916). Democracia y educación. Una introducción a la filosofía de la educación. The Macmillan Company, España.
- Evans, J. S. B. (2003). In two minds: dual-process accounts of reasoning. *Trends in cognitive sciences*, 7(10), 454-459.

- Fridja, N. (1996). Passions: Emotion and Socially Consequential Behavior. En B. Z. Robert D. Kavanaugh, *Emotion: Interdisciplinary Perspectives* (págs. 3-27). New Jersey: Psychology Press.
- Fridja, N. (1996). Passions: Emotion and Socially Consequential Behavior. En B. Z. Robert D. Kavanaugh, *Emotion: Interdisciplinary Perspectives* (págs. 3-27). New Jersey: Psychology Press.
- García. J. (2009). Justificación y racionalidad desde la teoría dual del razonamiento. *Universidad Autónoma de México* 58 (139).
- García-Retamero, R., & Hoffrage, U. (2009). Influencia de las creencias causales en los procesos de toma de decisiones. *Revista mexicana de psicología*, 26(1), 103-111.
- Goenaga, J., (2016). REVISIÓN SISTEMÁTICA SOBRE JUICIO MORAL EN TOMA DE DECISIONES MORALES (2005-2015). (Tesis de maestría). Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
- Gordillo, F., Salvador, J., Arana, J. M., Mestas, L., Meilán, J. J. G., Carro, J., & Pérez E. (2010). Estudio de la toma de decisiones en una variante de la Iowa Gambling Task. *Revista Electrónica de Emoción y Motivación*, 13(34), 88-107.
- Greene J.D., Nystrom L.E, Engell AD, Darley JM, Cohen JD (2004). The neural bases of cognitive conflict and control in moral judgment. *Neuron*; 44(2):389–400.
- Greene JD, Sommerville RB, Nystrom LE, Darley JM, Cohen JD (2001). An fMRI investigation of emotional engagement in moral judgment. *Science*; 293(5537):2105–2108.
- Greene, J. D. (2007a). The secret joke of Kant's soul. *Moral Psychology: Historical and Contemporary Readings*, 359-372.
- Greene, J. D. (2007b). Why are VMPFC patients more utilitarian? A dual-process theory of moral judgment explains. *Trends in cognitive sciences*, 11(8), 322-323.
- Greene, J. D., Morelli, S. a., Lowenberg, K., Nystrom, L. E., & Cohen, J. D. (2008). Cognitive load selectively interferes with utilitarian moral judgment. *Cognition*, 107(3), 1144–1154.
- Gross, R. (E.d4). (2007). *Psicología: La ciencia de la mente y la conducta*. Mexico, D.f.: Manual
- Haidt, J. (2003). The Moral Emotions. En: R.J. Davidson, K.R. Scherer, y H.H. Goldsmith (Eds.) *Handbook of affective sciences* (pp. 852-870). Oxford: Oxford University Press.
- Haidt, J. (2003). The Moral Emotions. En: R.J. Davidson, K.R. Scherer, y H.H. Goldsmith (Eds.) *Handbook of affective sciences* (pp. 852-870). Oxford: Oxford University Press.

- Hansberg, O. (1996).). Emociones morales. En O. Guariglia (Ed.), *Cuestiones morales* (Vol. II, págs. 107-130). Madrid: CSIC - CSIC Press.
- Heidegger, M. Ser y Tiempo. (1926). recuperado de: <http://espanol.free-ebooks.net/ebook/Ser-y-el-Tiempo/pdf?dl&preview>.
- Kahane, G., Everett, J. A., Earp, B. D., Farias, M., & Savulescu, J. (2015). 'Utilitarian' judgments in sacrificial moral dilemmas do not reflect impartial concern for the greater good. *Cognition*, 134, 193-209.
- Kahneman, D. (2003). Mapas de racionalidad limitada: psicología para una economía conductual. *Revista Asturiana de Economía*, 28. pp. 181-225.
- León, O. (1987). La toma de decisiones individuales con riesgo desde la psicología. *Infancia y Aprendizaje*, 30, pp. 81-94.
- Martínez Mares, S. (2015). *La naturaleza de las emociones. Una propuesta intuicionista para la educación moral desde la filosofía y la neurociencia*.
- Martinez-Freire, P. (2002). La limitada racionalidad Human. *Revista interdisciplinar de filosofía*, 7, 101-114.
- Mercadillo, R. E., Díaz, J. L., & Barrios, F. A. (mayo-junio de 2007). Neurobiología de las emociones morales. *Salud mental*, 30(3), 1-11.
- Moll, J., Oliveira-Souza, R., Bramati, I. E., & Grafman, J. (2002). Functional networks in emotional moral and nonmoral social judgment. *Neuroimage*, 16, 696-703.
- Moya, J. (2012). Las emociones y la toma de decisiones morales. *Moralia*, 35.
- Nussbaum, M. (2003). *Upheavals of thought: the intelligence of emotions*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Nussbaum, M. (2004). *Hiding from humanity: Disgust, shame and the law*. New Jersey Princeton University Press.
- Olivera La Rosa, A. (2013). La mente moral corporizada: aproximación a la naturaleza embodied de la cognición moral. *Pensando Psicología*, 9(16), 101-106.
- Olivera La Rosa, A. (julio-diciembre, 2014). Deconstruyendo la mente moral: cuando la evidencia habla. [Editorial]. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 5(2), 231-234.
- Olivera-La Rosa, A. (2013). La mente moral corporizada: aproximación a la naturaleza embodied de la cognición moral. *Pensando Psicología*, 9(16), 101-106.

- Olivera-La Rosa, A. (2014). Deconstruyendo la mente moral: cuando la evidencia habla. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 5(2), 231-234.
- Peréz,P. (2013). Implicaciones normativas de la psicología moral: Jonathan Haidt y el desconcierto moral, *Revista Internacional de Filosofía*, volumen (59), 9-25.
- Rodríguez Salazar, T. (2008). El valor de las emociones para el análisis cultural. *Papers: revista de sociologia*, 87, 145-159.
- Rodríguez, R. (2012). Martha Nussbaum: emociones, mente y cuerpo. *Thémata: Revista de filosofía*, 46, 591-598.
- Smith, Adam, Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones. FCE, México, 1984.
- Solomon, R. (2007). *Ética emocional*. Paidós. Barcelona.
- Todorov, T. (2008). *El miedo a los bárbaros*. Círculo de Lectores S.A. Barcelona.
- Tovar, J. (2011). *Gramática emocional: bases cognitivas y sociales del juicio moral*. Tesis presentada para optar al título de doctor en filosofía). Univerdiad Nacional de Colombia, Bogota. Tomado de: http://www.bdigital.unal.edu.co/4963/1/Tesis_Doctoral_Jos%C3%A9_Tovar.pdf.
- Tovar, J., & Ostrosky-Solís, F. (2013). *Mentes criminales: ¿ Eligen el mal? Estudios de cómo se genera el juicio moral*. Editorial El Manual Moderno.
- Tversky, A., & Kahneman, D. (1984). The framing of decisions and psychology of choice. 211, 453–458.
- Uríbarri Bilbao, G., Cortina Orts, A., & Triviño Mosquera, M. (2014). *Neurociencia, neuroética y biética*. Universidad Pontificia Comillas.
- Velez, A.E., Ostrosky, F. (2006). From morality to moral emotions. *International Journal of Psychology*, 41 (5), 348–354.